

117 +
SERIE ALFA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

El Pequeño Lord



FREDDIE
BARTHOLOMEW

DOLORES COSTELLO - BARRYMORE

2'50

PTAS



Yose de Batec curguiz



Jose de Mateo Garza



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

CROMWELL, JOHN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES,
Valencia, 334 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70937 - Barcelona

AGENTE DE VENTA, Sociedad General Española de Librería
Barbareda, 10, Barcelona -

EDITORIAL
AS

Publicación semanal

AÑO XIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NÚM. 248

El pequeño lord

He aquí una novela en la que se pone de relieve hasta dónde puede llegar el sacrificio de una madre en aras de la felicidad de su hijo. Es una novela en la que el dulce sentimiento materno produce la emoción de las cosas sublimes y el encanto de las almas nobles.

Producción de la
SELENICK INTERNATIONAL

DISTRIBUIDA POR
Artistas Asociados



Rambla de Cataluña, 62
BARCELONA

INTERPRETES PRINCIPALES

Ceddie	FREDDIE BARTHOLOMEW
Adorada	D. COSTELLO-BARRYMORE
Conde de Dorincourt	C. Aubrey Smith
Mister Hobbs	Guy Kibben
Havisham	Henry Stephenson
Dick	Mickey Rooney

Basada en la novela de
F. HODGSON BURNET

Dirigida por
JHON CROMWELL

Narración literaria de la novela
MANUEL NIETO GALÁN

EL PEQUEÑO LORD

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

UNA VIDA HUMILDE

EN el siglo pasado, cuando todavía la nobleza se aferraba a sus viejos prejuicios de clases, vivía en el suntuoso castillo de Dorincourt, el viejo conde del mismo título. Había quedado viudo hacía varios años y en la soledad en la que le dejaron sus dos hijos varones, el viejo refunfuñaba entre dientes, dando una muestra continua de su mal genio y casi de su insociabilidad.

Educado a la antigua escuela, que tenía por base el aislamiento de la nobleza de lo que ella llamaba plebe, el viejo conde veía pasar sus días sin una alegría que los iluminase y

sin un afecto sincero que mitigase los dolores del terrible mal de la gota que padecía.

¡Amás se le conoció al conde un acto de altruismo para con los feudos de sus tierras, y su mansión daba el aspecto de una casa embrujada por el silencio que continuamente reinaba en ella.

Parecía mentira que en aquel paraje tan bello, tan espléndidamente suntuoso, lleno de bosques, rodeado de jardines y de tierras de labor, pudiera haber una vida tan insulsa como la que llevaba el anciano.

Tal vez el carácter del conde, o sus ideas sobre la sociedad, dieron

lugar a que sus dos hijos, varones, abandonaran la casa paterna, buscando la verdadera felicidad de la vida en otro ambiente más risueño y más en consonancia con sus caracteres y su juventud.

Errol Dorincourt, el más pequeño de los hijos del conde, aprovechó sus deberes militares para huir de la mansión de sus antepasados y cuando conquistó el grado de capitán contrajo matrimonio con una hermosa joven que, a falta de fortuna, poseía un corazón de oro y un alma pura y noble en la que se cobijaban los más sublimes sentimientos. Este casamiento ocasionó uno de los mayores disgustos al viejo conde, quien pretendió castigar a su hijo desheredándolo y rompiendo con él toda clase de relaciones. Pero Errol había encontrado una fortuna mucho mayor que la que pudiese dejarle su padre, en el amor de aquella mujer, que para colmarlo de dicha le hizo padre de un niño, a quien pusieron el nombre de Ceddie.

Creció el pequeño y su almita fue adomándose con los nobles sentimientos paternos, quienes procuraron, a pesar de todo, inculcarle un gran amor al abuelo ausente, sin que jamás llegase a conocer la acción del conde.

Los azares de la vida, que habían llevado al joven conde a América, le obligaron a quedarse en el país de su esposa y de su hijo, y siete años después, una terrible enfermedad ponía fin a su vida, dejando a su esposa adorada en el mayor desconsuelo.

Con la ausencia de Errol quedaron madre e hijo solos en el mundo, sin más sombra que la que ellos mismos se proyectasen. Ceddie era muy joven para comprender lo que pasaba, aunque inocentemente hacía todo lo posible para consolar a su madre. A falta de su esposo amado, le había quedado a Adorada aquel niño en el que se condensaban toda la nobleza heredada de su padre y toda la bondad de la madre.

Fueron pasando los años y Ceddie cumplió los nueve. Era aquel un día solemne para la reducida familia, y Adorada quiso celebrarlo haciendo un verdadero esfuerzo económico para dar una alegría a su pequeño. Sabía el deseo que tenía de poseer una bicicleta y aquella mañana se la había comprado, aprovechando la ausencia de Ceddie para que, cuando éste llegase, se encontrase con la sorpresa de tenerla.

Cuidadosamente y con una alegría verdaderamente infantil, Ado-

rada cubrió la bicicleta con un paño y llamó a su fiel criada, a quien se la mostró, diciéndole:

—¿Crees que le gustará?

—Se pondrá loco de contento —respondió la criada, que había visto nacer al niño y por quien sentía verdadero delirio—. Será el niño más feliz de Brooklyn.

En aquel momento se oyó la voz de Ceddíe que gritaba desde la puerta llamando a su madre y ésta, después de haber cubierto por completo la bicicleta, le hizo entrar, diciéndole:

—Pasa, Ceddíe.

—María me ha regalado este libro. Son las aventuras de «Robin Hood».

Y cogiendo una espada de madera quiso encarnar la figura del personaje de la novela, gritando:

—¡Atrás! Si osáis siquiera tocar a la joven Mariana, os desafiaré.

A continuación le explicó a su madre con esa graciosa inocencia de los niños, criado en el dulce regazo materno.

—Tú eres la joven Mariana y yo soy «Robin Hood». Aunque te rodeen por doquiera jamás te abandonaré.

—Pues la joven «Mariana» —le dijo su madre riendo— te tiene preparada una gran sorpresa. Mira.

Descubrió la bicicleta y el chiquillo quedó absorto en su contemplación, sin encontrar palabras con las cuales pudiera expresar su alegría. La miraba por todas partes, casi sin tocarla, hasta que finalmente exclamó:

—¡Este es el momento más feliz de mi vida!

—¿Te gusta? — le preguntó su madre, poseída de mayor alegría aún que su hijo.

—Es precisamente lo que quería —respondió Ceddíe.

—Me alegro — le dijo cariñosamente Adorada—; pero ten mucho cuidado de no caerte de ella.

Ceddíe sonrió vanidosamente al mismo tiempo que procuraba tranquilizar a su madre diciéndole:

—Soy el mejor ciclista de Brooklyn... ¿Puedo probarla ahora?

—Sí, hijo mío —replicó Adorada, abrazándole.

—Es que, verás —pretendió justificar él su impaciencia—: estoy deseando que la vean mister Hobbs y Dick.

Mister Hobbs era un viejo tendero, el más antiguo de la población e íntimo amigo del pequeño Ceddíe, que poseía un carácter que sabía atraerse el cariño de todos, había encontrado en el viejo Hobbs uno

de sus mejores amigos, y el tendero y el niño muchos días se pasaban largos ratos hablando como si los dos tuvieran la misma edad. Y Dick era un muchacho casi de la misma edad de Ceddie. Su oficio era betunero, pero bueno y dócil como Ceddie, se avenía como un dedal al dedo con el pequeño huérfano.

Ceddie, después de haber obtenido el consentimiento materno, salió con su bicicleta a la calle, y con el deseo de que todo el mundo se fijase en él. Pasó por el puesto de fruta de una pobre mujer a quien siempre le compraba y se paró para decirle, más que por nada por el deseo de que le viese la bicicleta:

—Buenos días, señora Gillicudy,

—Buenos días, Ceddie — respondió ésta cariñosamente.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Muy mal — respondió la vieja vendedora—. Después de la lluvia de ayer no me encuentro bien. No pude dormir de dolor... La lluvia no me sienta bien.

Ceddie, en vista de que no le decía nada de la bicicleta, inició la conversación, diciéndole discretamente:

—Buen día para pasear en bicicleta, ¿verdad?

—Sí, hijo mío, para los que la tengan y sepan montarla.

—Supongo que el que tenga una bicicleta nueva la sacará hoy, ¿no le parece?

Y al mismo tiempo que le decía esto, le mostraba su bicicleta, hasta que la vendedora se fijó en ella y exclamó:

—¡Qué vea!... ¿De quién es ésta?

Ceddie sonrió con orgullo. Mostrábele su bicicleta con infinita satisfacción y le respondió:

—Me la regaló mi madre... ¿Qué le parece?

—Preciosa — volvió a decirle la vendedora—. ¡Es digna de un Presidente!... Tienes mucha suerte, Ceddie.

Pero Ceddie, que estaba impaciente por enseñar el regalo a sus dos mejores amigos, una vez satisfecha su pueril vanidad de que viera su bicicleta, se despidió de ella, diciéndole:

—Bien, debo irme. Elija mi manzana, pero guárdemela hasta que vuelva.

Emprendió de nuevo el camino para ir a casa del tendero, pero en el camino se encontró con una pandilla de chiquillos, de esos que tienen por casa la vía pública, en la que reciben toda su mala educación, y al

ver a Ceddíe, bien vestido y en posesión de una magnífica bicicleta, la envidia les incitó a burlarse de él, diciéndole:

—Ahí tenéis a Ceddíe, vestido como un figurín.

Se interpusieron en su camino y uno de ellos le dijo:

—Qué elegante estás con medias de fantasía.

Ceddíe adivinó el temporal que se avecinaba, y para evitarlo no quiso siquiera contestarles. Mas este silencio de Ceddíe fué interpretado como una cobardía por parte de los otros chiquillos, quienes insistieron en molestarlo, preguntándole:

—Oye, niño, ¿dónde has encontrado esa bicicleta?

—Me la ha regalado mi madre —respondió Ceddíe, haciendo intención de seguir su camino, pero como viera que los otros se lo arraban, les dijo—: Dejadme pasar.

—Antes déjanos subir a nosotros —exclamó uno de ellos.

—No puedo —respondió Ceddíe.

—¿Temes que la rompa? —le preguntó el mayor de todos los que formaban aquella pandilla.

—No, no es eso —insinuó Ceddíe—. Es que tengo prisa.

—Pero los chiquillos, que por

lo visto tenían ganas de mortificar a Ceddíe, no le consintieron que se fuera, y uno de ellos se burló de su forma de hablar, echándole en cara que era inglés, y le dijo:

—¿Cuándo llegaste de Londres, inglesitos?

Ceddíe protestó de que le llamaran inglés cuando él en verdad era americano y les respondió:

—Yo soy americano.

—¿Y ese acento que tienes al hablar, de dónde es?

—Mi padre era inglés, pero yo soy americano —insistió Ceddíe, que cada vez veía más de cerca el nubado que se avecinaba.

El más grandullón de ellos le miró despectivamente y en forma que pudiera ofenderle, le preguntó irónicamente:

—¿Te ha dejado salir tu mamá?

Ceddíe, al oír el nombre de su madre pronunciado con tal desprecio, se encendió en cólera y les advirtió:

—¡No nombréis a mi mamá!

Pero los otros, cada vez más decididos a molestar a Ceddíe, intentaron quitarle la bicicleta y se armó la batalla que se avecinaba. El pobre chiquillo tenía que luchar contra los cuatro o cinco que intentaban pegarle y cuando más difícil era la

situación de Ceddie, oyó a su amigo Dick que le gritaba:

—Espera, Ceddie... Iré en seguida.

El betunero, casi sin terminar de limpiar las botas del cliente que tenía en aquel momento, echó a correr a auxiliar a su amigo y en poco tiempo puso en fuga a varios de los adversarios. Cuando ya tenía agarrado a uno de ellos, precisamente al mayor, llegó un policía y los separó, amenazándoles con llevarlos detenidos si volvían a pelearse.

Con esto dió fin la pelea y Dick y Ceddie se sentaron en un escalón de la puerta, comentando el segundo de ellos.

—¿Por qué vendría el policía? Ya les estabas ganando. Gracias por haberme defendido.

Dick movió la cabeza ambigüamente, como no dando importancia a lo que había hecho, y le respondió:

—Ahora estamos en paz, Ceddie. Se fijó en la bicicleta y, después de mirarla detenidamente, le dijo:

—No le hicieron nada... ¿De dónde la sacaste?

—Me la regaló mi madre—le explicó Ceddie.

El pobre Dick que no pensaba ja-

más tener una bicicleta, sin dejar de admirarla, exclamó con entusiasmo:

—¡Es estupenda!

—Tú serás el primero en montarla—le dijo Ceddie—. Puedes dar un paseo hasta la tienda de mister Hobbs.

—Luego—le respondió Dick—. Ahora voy a despedir a mi hermano Ben.

—¿Adónde se va?—le preguntó Ceddie.

—Se marcha a Chicago.

—¡Qué bien! — exclamó Ceddie—. Allí podrá cazar osos y montar a caballo.

—Eso es en las novelas—le dijo Dick—. Ahora ya no hay osos en Chicago. En fin, me voy antes de que se haga tarde.

Los dos amigos se levantaron y, al despedirse Ceddie le recomendó:

—Vete después a la tienda de mister Hobbs.

—No tardaré en ir—le contestó Dick, echando a andar en dirección contraria.

Ceddie se quitó el polvo de su traje y montó en su bicicleta para dirigirse a casa de Hobbs. Este al verlo entrar lo saludó cariñosamente y le preguntó:

—¿Qué día es hoy, Ceddie?

Ceddie sonrió, comprendiendo lo

que quería decirle y el buen hombre continuó:

—¿Celebramos tu cumpleaños con galletas y dulces?

—Me gustaría—respondió Ceddíe—, pero será mejor esperar a Dick que no tardará en llegar.

—No te apures—le dijo el viejo tendero—. Hay para todos.

Ceddíe se sentó en uno de los barriles que había en la tienda de Hobbs y éste, que estaba mirando una revista que había sobre el mostrador, se la enseñó a Ceddíe, diciéndole:

—Fíjate. Así viste ahora la aristocracia inglesa... ¡Cómo los detesto!

El bueno de Hobbs tenía metido en la cabeza que los aristócratas eran todos gente sin entrañas y se había dicho que él tenía que ser contrario a todo lo que oiese a aristocracia. Claro estaba que él ni siquiera sabía lo que era la aristocracia, pero pensaba así, y cualquiera se lo sacaba de la cabeza. Siguió ojeando la revista, que por cierto eran figurines de la temporada y que él había tomado por aristócratas y comentó:

—¡Condes y marqueses...! ¡Se creen los dueños del mundo!

—¿Ha conocido a algún conde o

marqués? — le preguntó el muchacho.

—¡Claro que no!—exclamó el bueno de Hobbs, como si bastara el haberlos conocido para considerarse deshonrado—. ¡Que pruebe algo a entrar aquí! Ningún tirano se sentará en mis barriles.

Ceddíe no estaba muy conforme con aquella teoría de Hobbs y se atrevió a contradecirle habiéndole así:

—Tal vez sean condes a la fuerza.

—No lo creas—le dijo Hobbs—. Les gusta serlo.

En aquel momento apareció Dick y el viejo tendero al verlo le entregó una botella de gaseosa diciéndole:

—Llegas a tiempo para celebrar el cumpleaños de Ceddíe. Mira lo que hay preparado.

El muchacho, al ver las galletas y dulces que había sobre el mostrador, exclamó entusiasmado:

—¡Qué banquete!—Cogió la botella de gaseosa y la levantó en alto brindando por Ceddíe y diciendo:

—¡A tu salud!... ¡Por muchos años!

Hobbs y Ceddíe correspondieron al brindis de Dick y cuando hubieron terminado aquel ágape Ceddíe invitó a su amigo, diciéndole:

—Ven conmigo a casa.

—Te acompañaré hasta la puerta—le dijo Dick—, pero no puedo quedarme... Tengo que ponerme a trabajar.

Y hablando los dos amigos, como dos personitas mayores, se dirigieron hasta la casa en la que habitaba Ceddie, donde se despidieron hasta el día siguiente.

UNA VISITA INESPERADA

CUANDO Ceddie entró en su casa quedó sorprendido al ver a su madre acompañada de un desconocido y hasta le pareció advertir que había llorado. Inquirió la causa a la criada, pero ésta le respondió únicamente:

—Nada le pasa a tu mamá. Ve a lavarte la cara y no preguntes nada más.

Ceddie, tan dócil como siempre, siguió a la criada, mientras que en la sala su madre seguía hablando con el desconocido, que le decía:

—Usted perdone que insista, pero no debe olvidar la posición que ha heredado su hijo con la muerte de su tío...

Adorada, sin poderse consolar por aquellas palabras, respondió:

—Lo comprendo. A lo que únicamente me opongo es a que se lo lleve de mi lado. ¿Qué interés tiene en ello?

—Mi único interés — respondió el visitante — es servir a mi representado, el conde de Dorincourt.

Adorada se secó las lágrimas, y, sin poder evitar el reproche al oír el nombre del conde, exclamó:

—El conde desheredó a su hijo y no quiso saber reconocerla hasta ahora... ¿Por qué he de darle mi hijo?

—Temo que me explique mal — siguió diciéndole el desconocido, que era precisamente el administra-

dor del conde—. Usted acompañará a su hijo a Inglaterra, pero debo advertirle que el conde no simpatiza con usted. Le diré francamente toda la verdad. Es viejo y no le gusta América ni los americanos. Se oponía a que su hijo se casara con usted y no quiere verla. Vivirá usted en una casa aparte dentro de las propiedades del conde y recibirá una mensualidad, con la única condición de que no intente visitar a su hijo en el castillo.

Mientras hablaban ellos entró adonde estaba lavando al niño la criada, la hermana de ésta, y le dijo:

—Miguel está peor y no tenemos dinero para pagar al cajero... No sé qué hemos de hacer con los niños.

—Ya procuraré arreglar algo—le dijo María, la criada—. Espérate.

En la sala seguía el administrador diciéndole a Adorada:

—¿Cuáles habrían sido los deseos de su esposo?

—¿Le conoció usted? —le preguntó vivamente Adorada.

—Sí, y le apreciaba mucho—respondió el administrador—. El hubiera comprendido lo que significa lo que vengo a ofrecerle y las grandes ventajas que reportará a su hijo.

—Sí, tiene usted razón —termi-

nó diciendo Adorada—. Debo sacrificarme por él, pero mister Havisham, permítame decirselo a Ceddie, a mi manera.

—¿Teme usted que se oponga? —preguntó el administrador.

Adorada sonrió tristemente, pensando que la docilidad de su hijo era mucho mayor que todo aquello, y le respondió:

—No es eso. Es que no quiero que nunca sepa que su abuelo me desprecia, para que él llegue a quererle.

El administrador del conde, que en el rato que había estado hablando con Adorada se había podido dar cuenta del alma tan generosa de aquella mujer, exclamó emocionado:

—Conforme... Su hijo se lo agradecerá cuando sea mayor.

Pero para la infeliz madre que de aquella forma tenía que callar su amor maternal para conseguir la felicidad de su hijo, aun había algo muy importante, y era el trato que Ceddie pudiera recibir. Para ella lo más importante era Ceddie, y por lo mismo, sin preocuparse de otra cosa que del niño, le dijo:

—Espero que su abuelo quiera a Ceddie. Es muy cariñoso y todos le quieren mucho.

En esto entró el pequeño, y Ado-

tada, haciendo un esfuerzo para sonreír y que el niño no pudiera darse cuenta de su sacrificio, le presentó al administrador, diciéndole:

—Es Mr. Havisham. Iremos con él a Inglaterra para vivir con tu abuelo.

Ceddie se inclinó respetuosamente ante mister Havisham, y le dijo:

—Mucho gusto.

—¿Conque éste es el pequeño Lord Fauntleroy? —preguntó el administrador, llamándolo por su verdadero apellido.

Y ante la extrañeza de Ceddie, que no comprendía por qué tenían que irse a Inglaterra, su madre le explicó:

—Hijo mío, tu abuelo no tiene más hijos ahora; y está muy solo. Quiere que vayamos a vivir con él, y como él es conde y tú eres su heredero, llevarás su nombre, el nombre de Lord Fauntleroy, y llegarás a ser el conde de Dorincourt.

Aquella explicación aun produjo más extrañeza en Ceddie, que le preguntó a su madre:

—¿Por qué he de ser conde, mamá? Ningún niño lo es.

—Es tu deber — le dijo el administrador, que desde el primer instante había quedado prendado de la dulzura del niño.

—Pronto saldremos para Inglaterra—le advirtió su madre.

Y de aquella forma quedó establecido el convenio de que madre e hijo, acompañados por el administrador, partirían en el primer barco hacia Londres.

Aquella misma tarde, Ceddie, a quien no podía olvidársele la idea de que iba a ser conde, se fué a la tienda de Hobbs. El aspecto del pequeño era el de un ser que siente una gran preocupación, y en cuanto le vió el viejo le preguntó:

—¿Qué te pasa, Ceddie?

Este se sentó sobre uno de los barriles que había en la tienda y le preguntó, sin responder a la pregunta:

—¿Recuerdas de lo que hablábamos ayer, mister Hobbs?

—De Inglaterra, ¿verdad?

—Sí, de los condes... ¿No recuerdas?—le volvió a preguntar Ceddie—. Dijo que no les permitiría sentarse en sus barriles.

—Es cierto—dijo el tendero—, y vuelvo a repetirlo otra vez. ¡Que se atreva alguno a venir aquí!

Ceddie bajó la vista y, con la voz entrecortada, como aquel que va a hacer la confesión de una gran falta, le dijo:

—Pues... en este barril hay ahora uno sentado.

El viejo tendero se quedó mirando fijamente a Ceddie, como si no hubiera entendido lo que quería decirle, y el pequeño lord volvió de nuevo a confesarle:

—Sí, yo soy uno, o lo seré. No quiero engañarle.

Hobbs salió de detrás del mostrador, sin dejar de mirar a Ceddie, se acercó a él y tocándole la frente le preguntó alarmado:

—¿Cómo te sientes?... ¿Te duele algo, Ceddie?... Tal vez el calor te ha trastornado.

Pero el niño movió la cabeza negativamente y volvió a afirmar otra vez:

—Gracias, pero me siento muy bien. Siento decirle que es verdad lo que le he dicho.

—Explicate, Ceddie—le pidió el tendero, sin poder comprender todavía nada de lo que le decía el pequeño.

Ceddie, algo más tranquilo al ver la actitud de mister Hobbs, le explicó lo que había pasado al llegar a su casa, diciéndole:

—Mr. Havisham, un abogado y administrador de mi abuelo, vino de Inglaterra para decirnoslo. Mi abuelo lo mandó... Ahora no me llamo Ceddie.

—¿Que no te llamas Ceddie? —preguntó, cada vez más extrañado, el infeliz de mister Hobbs.

—No, señor—le dijo Ceddie—. Verá cómo me llamo. Lo he apuntado para no olvidarlo. Me llamo lord Faunleroy, y mi abuelo se llama John Molyneux Errol, conde de Dorincourt... Vive en un castillo muy grande.

A pesar de todas aquellas explicaciones, el tendero no podía creerlo, y exclamó:

—Ceddie, ¿no me tomas el pelo?

—¡Oh, no! — exclamó Ceddie, dando un suspiro como si le hubiese ocurrido la mayor desgracia que podía sucederle—. ¡Tendremos que resignarnos! ¡Tendré que ser conde!

El tendero se llevó la mano a la cabeza, se rascó fuertemente el cuero cabelludo, cosa que hacía siempre que se encontraba en una difícil situación, y al fin exclamó:

—Bien, ¿qué se le va a hacer?... Después de todo, siempre has tenido acento inglés...

De pronto le pareció surgir una idea luminosa y le preguntó:

—Oye, ¿no podrás escaparte de eso?

—Temo que no, mister Hobbs —respondió el muchacho—. Mamá dice que mi padre así lo hubiera

descado, y he de obedecer a lo que mi padre quisiera.

Entre los dos amigos se produjo una leve pausa y el pequeño volvió a decir, como para no perder la amistad del viejo:

—Pero, si he de ser conde, será bueno y no un tirano. Si hubiese otra guerra con América, procurará evitarse... ¿Está muy lejos Inglaterra?

—Al otro lado del Atlántico—le respondió el tendero—; ¿Quién sabe cuánto tiempo tardaremos en vernos?...

Era tan doloroso el acento del pobre viejo, que Ceddíe, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas, exclamó, estrechándole fuertemente las manos:

—No quiero pensarlo, mister Hobbs.

El viejo procuró serenarse algo para evitar la emoción del pequeño y terminó diciéndole:

—Bien, a veces, los mejores amigos se separan.

Aun estuvieron juntos algunos minutos más, y cuando Ceddíe salió de casa de Hobbs, iba convencido de que el ser conde era, en efecto, ser un desgraciado.

Al día siguiente, por si la impresión que Ceddíe había causado en el administrador del conde no era

absolutamente satisfactoria, bastó un hecho que se produjo para que mister Havisham se diera perfecta cuenta de la bondad de aquel niño y de su seriedad.

Adorada había invitado a comer al delegado del conde, y mientras comían, Havisham le decía al pequeño:

—Cuando seas conde, darás grandes banquetes en un castillo magnífico.

—No sé exactamente lo que es un conde — le interrumpió Ceddíe—. Y creo que, si voy a ser uno, debo saberlo. ¿Quiere usted explicármelo?

—Se concede un título de conde a los que prestan un gran servicio a la corona — le explicó el administrador.

—¿No es así como eligen aquí a los presidentes? — preguntó Ceddíe.

—En efecto—le dijo el administrador—. Cuando alguien presta un gran servicio, se le elige Presidente.

—Y luego hay manifestaciones —siguió diciendo el pequeño—, y bandas, y todos hacen discursos... Yo ambicionaba ser Presidente, pero nunca conde.

—Es que ser conde, es muy diferente—le advirtió el administrador—. Un conde viene de ilustre

linaje... De una familia antigua... muy vieja...

—Sí, ya comprendo — respondió Ceddle—. Una cosa así como la vendedora de manzanas. Creo que tiene cien años... Es de tan viejo linaje que no sé cómo vive siquiera. Yo creo que los de tan viejo linaje merecen compasión.

Mister Havisham sonrió ante la ingenuidad de Ceddle y le contestó:

—Yo no me refería a la vejez. El primer conde de Dorincourt fué creado hace cientos de años. Muchos condes valientes han luchado por su patria.

—¡Yo seré uno de ellos! — exclamó entusiasmado Ceddle—. Mi padre era militar y era muy valiente... Me alegro de que los condes sean valientes.

—Los condes—siguió explicándole el administrador—tienen también otras ventajas. Los hay con mucho dinero.

—Eso es bueno—exclamó Ceddle—. Ojalá tuviera yo mucho dinero.

El administrador, pensando que tal vez el defecto del pequeño lord fuera el de la ambición, le preguntó sonriendo para no dejar traslucir su pensamiento:

—¿Y por qué querías tener mucho dinero?

—Porque entonces podría hacer mucho bien. Si yo tuviera mucho dinero le compraría un toldo y una estufa a la vendedora de manzanas y un chal para que se protegiese del frío.

Havisham sintió una viva satisfacción al ver el empleo que daría Ceddle al dinero, y le preguntó de nuevo:

—¿Qué más harías si fueses rico?

—Compraría muchas cosas a mamá... y a Dick.

—¿A Dick? ¿Quién es Dick?

—El limpiabotas — le dijo Ceddle—. Le compraría un traje nuevo, cepillos y un cartel para que ganase mucho dinero. A mí me ha dicho que es todo lo que necesita para ser feliz. Además, a mister Hobbs le compraría un reloj con su cadena, y así todos quedarían contentos.

—Pero, ¿y para ti? ¿Qué comprarías para ti si fueses rico?

—Un potro—exclamó Ceddle—. Ya sé que es mucho desear...

La madre de Ceddle, que había salido, entró en aquel momento, y su hijo le preguntó:

—¿Con quién hablabas, mamá?

—Con Bridget—le respondió su madre—. Ha venido a ver a su hermana. La pobre está muy apurada.

Ceddie sintió una gran tristeza por ella, y murmuró:

—Ojalá pudiéramos hacer algo por ella. Tiene seis hijos y su esposo está enfermo.

Ante la sincera compasión que demostraba Ceddie, el administrador se sintió emocionado, y echando mano a su cartera, le dijo al pequeño:

—Al partir del castillo me dijo el conde que si tenías algún deseo yo te lo concediera y te diera lo que desearas. Aquí tienes cinco libras, que son veinticinco dólares en moneda americana... Si deseas ayudar a esa mujer, tu abuelo no se opondrá.

Ceddie cogió loco de alegría la cantidad que le entregaba el administrador y le preguntó, deseoso de mitigar cuanto antes el sufrimiento de la hermana de su criada:

—¿Puedo dárselos en seguida?

—Cuando tú quieras—le dijo el administrador.

Y, previa autorización materna, Ceddie corrió en busca de la hermana de María, antes que aquella pudiera salir de la casa, y le dijo:

—Tome usted. Mi abuelo me ha dado este dinero para usted.

La pobre mujer besó emocionada al niño, mientras lloraba de alegría,

y cuando Ceddie entró de nuevo en el comedor, Adorada le estaba diciendo al administrador, temerosa de que su hijo se pudiese pervertir en el ambiente en que iba a vivir:

—No estamos muy acostumbrados a tener mucho dinero y voy comprendiendo el poder que adquirirá Ceddie... Es tan niño, que tengo miedo.

—Creo que no debe usted temer nada de él... Su hijo es una verdadera joya y no habrá nada que lo cambie.

—Así lo espero—respondió Adorada—. No quisiera que este cambio repentino le perjudicase.

El muchacho, sin comprender lo que hablaban, explicó lo que le había sucedido a Bridget, diciendo:

—¡Lloró! Me dijo que lloraba de alegría... Yo nunca había visto llorar de alegría.

Y acordándose que había sido su abuelo el que había realizado aquel acto de caridad, le dijo al administrador:

—Mi abuelo debe ser un buen hombre... Después de todo, ser conde no debe ser tan desagradable, cuando se puede remediar el mal ajeno.

Y convenciéndose cada vez más

el administrador de la bondad de Ceddie, admiraba también más a aquella santa mujer que tan buenos sentimientos había sabido inculcar a su hijo.

Durante toda la comida se habló del próximo viaje, y Ceddie daba sus opiniones expresando el deseo de conocer pronto a su abuelo, a quien decía que quería mucho.

LA PARTIDA

PASARON algunos días durante los cuales se hicieron todos los preparativos para la marcha a Inglaterra. Durante aquellos días, Adorada no tuvo fuerza bastante para confesarle la verdad a su hijo, y éste creía que su madre viviría, como hasta entonces, con él. Esta idea le consolaba del pesar que le causaba el tener que dejar el pueblo donde había nacido y donde tan buenos amigos tenía, pero la obediencia que siempre había tenido a su madre, era motivo para que no opusiese ningún inconveniente a cuanto se le ordenaba.

El administrador, por su parte, le entregó dinero a Ceddie para que éste pudiera satisfacer todos los de-

seos que tenía, y Ceddie compró a sus amigos todo lo que le había dicho al administrador durante la comida de días anteriores.

El mismo día en que partieron, Ceddie, que ya había hecho entrega a la vendedora de manzanas de su estufa y de cuanto dijo, fué a despedirse de ella y le dijo:

—Nos vamos a Inglaterra y vengo a despedirme de usted.

La buena mujer, sin poder ocultar las lágrimas, le dijo:

—¿Puedo darte un beso? Jamás olvidaré lo que has hecho por mí.

—Claro que sí—respondió el chiquillo, sonriendo emocionado.

La anciana le besó cariñosamente y sacó de entre el montón de manzanas una que había guardado

con anticipación y se la regaló, diciéndole:

—Aquí tienes tu manzana.

—¿Cuánto es?—le preguntó Ceddie.

—¡Oh, no! — exclamó la vieja—. A'o quiero que me la pagues. Esto es, como decía mi difunto, «un regalo de la casa».

De allí se fué a ver a Dick, que al verlo se despidió de él, diciéndole:

—Espero que te acordarás de mí.

—Ya lo creo — respondió Ceddie—. Y yo espero que prosperes en tu negocio.

El limpiabotas se echó a reír y exclamó:

—Si prospero más, pronto llevaré hasta brillantes.

Los dos muchachos se estrecharon las manos y Ceddie le dijo:

—Te deseo buena suerte.

—Gracias; igualmente — respondió Dick—. No me olvides cuando llegues a esa tierra.

—No te olvidaré y te escribiré a menudo, pero tú debes contestarme.

Dick le dio su dirección, diciéndole:

—Escribeme a esta dirección, y ojalá que no te fueras.

Ya iba a marcharse cuando se acordó Dick de que aun le faltaba algo por entregarle, y sacó el obsequio, diciéndole:

—Toma; se me olvidaba. He comprado este pañuelo para ti. Puedes usarlo allá.

—Gracias, Dick — le dijo Ceddie, recogiendo el obsequio—. Lo llevaré conmigo siempre.

Desde allí fueron a la tienda de Hobbs. Al llegar a la puerta, Ceddie se volvió a su madre y al administrador, y les preguntó:

—¿Me permiten entrar solo?... Prefiero que no me acompañen.

Encontró a Hobbs que estaba sentado frente a la puerta y sacó del bolsillo un reloj con cadena y se lo entregó, diciéndole:

—Esto es para usted, mister Hobbs.

El tendero miró estupefacto el magnífico reloj que le regalaba su amigo, y exclamó entusiasmado:

—Esto es lo que siempre he deseado.

—Y éste es mi verdadero regalo —le explicó Ceddie, mostrándole el dije en el que iba un retrato de él con una dedicatoria que decía:

«Cuando la hora mire aquí acuérdesse siempre de mí.»

El viejo Hobbs se secó las lágrimas con el dorso de la mano al mismo tiempo que le decía:

—No te olvidaré nunca. Espero

que tú no me olvidarás cuando estés entre los aristócratas.

—¡Jamás! —aseguró el niño—. Y espero que vendrá a verme alguna vez. Quizá mi abuelo le invite... ¿Le es igual que sea conde? ¿Verdad que no dejará de venir por esto?

—Oh, ahora es diferente—respondió el tendero—. No iré a ver a tu abuelo, iré a verte a ti y eso ya es otra cosa.

Trabajo les costó a los dos separarse. La ancianidad y la niñez se habían unido de tal forma, con lazos tan fuertes de cariño, que les parecía imposible que pudieran estar sin verse.

Pero la realidad se imponía y Cédie terminó saliendo de la tienda, sin poder contener la emoción que le embargaba por aquella despedida. Fue adonde estaban su madre y el administrador y desde allí se dirigieron al coche que había de conducirles al barco que, a su vez, les transportaría al otro lado del Atlántico, en donde les esperaba el viejo conde de Dorincourt.

Como ya le había explicado el administrador a Adorada, el conde, al tener noticias de la muerte de su hijo, pensó en su nieto. Ciertamente es que hasta entonces no le había siquiera conocido. Siempre se había negado a conocer a su nuera y a su

nieto, pensando que de una mujer que no pertenecía a la nobleza no podía nacer un hijo digno de llevar su apellido.

Pero, al morir su otro hijo, pensó en su soledad y un deseo egoísta hizo que llamara a su administrador, a quien dijo:

—Es preciso pensar en quién deberá heredar mi título.

El administrador, que conocía el genio del conde, no se atrevió a indicarle nada, y éste exclamó:

—¡Parece usted tonto! ¿No se le ocurre quién debe ser mi heredero?

—Verdaderamente, señor conde—respondió humildemente el administrador—. No conozco cuál es vuestro pariente más cercano.

—Sin embargo usted conoció a mi hijo... ¿Sabe que murió dejando un hijo?

—En efecto, pero no creo que el señor conde quiera que este niño... —se atrevió a decir el administrador.

—Pues está usted muy equivocado... Nunca acierta usted nada. ¿Por qué no ha de ser ese niño mi heredero? Claro está que antes de ello necesito conocerlo, saber cuál es su educación, que preveo muy mala, y, si lo merece, heredará mi título.

—El señor conde olvida—le dijo

el administrador—que su madre...

—¿Qué me importa a mí su madre? —preguntó el conde—. Su madre puede vivir en cualquier pabellón del castillo, con tal de que no pise los umbrales de mi casa. Ha de ser el niño sólo... ¿Me entiende? Irá usted a América y se lo dirá a su madre. Conque; ya lo sabe y no me haga usted hablar más... Hoy no estoy de humor.

El administrador salió precipitadamente, comprendiendo que no era muy agradable estar al lado del conde, ya que éste, que de por sí siempre estaba de mal humor, el día que él mismo se lo conocía era un día verdaderamente terrible.

En estas condiciones fué como se trató de que Ceddie fuera a vivir con su abuelo, con aquel viejo huracán y saturado de sus títulos, que jamás puso en sus labios una sola sonrisa de satisfacción.

Algunas semanas después, Ceddie, su madre y el administrador, llegaron a Londres, desde donde debían partir para el castillo del conde de Dorincourt, alejado unas millas de la capital. Durante las horas que los tres viajeros estuvieron en la capital inglesa las emplearon en recorrer sus diferentes calles con el fin de que Ceddie la conociese, hasta

que finalmente emprendieron el viaje definitivo hacia el castillo.

Al cruzar las inmensas avenidas que rodeaban la señorial mansión, Ceddie quedó asombrado de toda aquella belleza. Cruzó el coche que los conducía rápidamente algunas de aquellas avenidas hasta que finalmente se detuvo ante una casita que había en la parte sur del parque. Al detenerse el coche, Ceddie preguntó:

—¿Es éste el castillo?

—No, éste es el pabellón donde...

El administrador se interrumpió ante un gesto de Adorada. Esta bajó del coche y entró en la casa, en la que la servidumbre esperaba ya su llegada; el ama de llaves se acercó a ella y le dijo cariñosamente:

—Bienvenida, señora. Le deseo muchas felicidades en su nuevo hogar.

Madre e hijo entraron al salón, y una vez en él, el administrador le dijo a Adorada:

—El carruaje espera. Debo ir a informar al conde de su llegada.

Adorada, aprovechando el momento en que Ceddie se dedicaba a mirar cuanto había a su alrededor, le preguntó angustiosamente al administrador:

—¿Podrá quedarse Ceddie a pasar la primera noche conmigo?

—Creo que el conde no espera a su nieto hasta mañana y no hay inconveniente. Pero ¿todavía no le ha dicho nada a Ceddie?

—No — respondió con un gesto de verdadera angustia Adorada—. Temo decirle que ya no volveremos a vivir juntos. Comprendo que he sido muy cobarde en no decírselo antes, pero, ¡me es tan difícil decírselo! No comprendo por qué el conde quiere someterme a este sacrificio.

El administrador, que cada vez se hallaba más convencido de la bondad de aquellos dos seres, bajó la vista al suelo, como queriéndole decir que él tampoco lo comprendía, y Adorada, en un acto de justificada rebeldía exclamó:

—Deseo le diga al conde que prefiero no aceptar su dinero.

—¿Se refiere usted a la pensión? —preguntó el administrador.

—Precisamente — volvió a decirle Adorada—. Poseo ya lo suficiente para poder seguir viviendo modestamente. Aceptaré agradecida esta casa, porque así podré estar cerca de Ceddie, pero nada más.

El administrador quedó unos segundos pensativo. Se inclinaba que

conocía de sobra el carácter del conde, acostumbrado a que nadie se opusiese a sus deseos, y le respondió finalmente:

—Se enfadará... El conde no comprenderá la razón que tiene usted para hacerlo.

—Aunque así sea—insistió Adorada—. Debe comprender que no puedo aceptar dinero de un hombre que me odia tanto que me separa de mi hijo.

—Cumpliré sus deseos—terminó diciéndole el administrador, al ver que se acercaba a ellos Ceddie.

Salió de la casa convencido de que nunca hubiera podido soñar el conde en tener una hija y un nieto como éste, y Adorada le preguntó a su pequeño:

—¿Verdad que todo es muy bonito?

—Sí, mamá — respondió el chiquillo—. Creo que aquí viviremos muy bien.

Pero entonces comprendió Adorada que había llegado el momento de decirle a su hijo toda la verdad y le dijo:

—Hijo mío, tengo que decirte algo muy importante... Sé que no lo comprenderás, pero quiero que creas, teniendo fe en mí, que lo hago por tu bien.

Ceddie miró atentamente a su madre. Jamás hubiera él podido adivinar qué era lo que tenía ésta que decirle, y Adorada continuó diciéndole:

—Mañana te llevará mister Havisam con tu abuelo, y vivirás en el castillo. Yo viviré en esta casa y María me hará compañía.

Ceddie abrió los ojos como si hubiera comprendido lo que su madre le decía. Mas a pesar de ello, creyendo que estaba en un error, le pidió una explicación, diciéndole:

—Supongo que no querrás decir que ya no viviremos más juntos, ¿verdad?

Adorada no pudo hablar. Una angustia infinita ahogó sus palabras, y estrechando en sus brazos a su hijo rompió a llorar amargamente, como indicándole que era verdad lo que le preguntaba. Ante aquella actitud, Ceddie se abrazó a ella y protestó energicamente:

—¡No iré!... ¡No iré!... ¡Yo no quiero separarme de ti!

Adorada procuró serenarse. Comprendía que tenía necesidad de todo

su valor para imponerse a la situación y le aconsejó a Ceddie:

—Debes ser valiente y sensato. Comprenderás mejor ciertas cosas cuando seas mayor. Es mejor que tú vivas allá.

—¿Que es mejor? — preguntó Ceddie, sin comprender la causa—. ¿Quieres separarme de ti?

—No es eso, hijo mío—insistió su madre—. Tú creces y has de creer que obro por tu bien. Debes querer a tu abuelo, que te quiere mucho. El es muy bondadoso y quiere que seas feliz.

—Pero, mamá—exclamó el chiquillo, aduciendo una gran razón—. ¿cómo voy a ser feliz estando lejos de ti? Yo no puedo estar contento más que a tu lado. ¿No lo comprendes?

Demasiado lo comprendía Adorada, pero también comprendía que la felicidad de su hijo y su porvenir estaban en aceptar aquella imposición del conde. Por esta razón insistió en que aceptase lo que su abuelo exigía y al fin, como siempre ocurría, terminó convenciendo al niño.

LA PRESENTACION DE CEDDIE A SU ABUELO

A L día siguiente por la mañana, lo primero que hizo el administrador del conde de Dorincourt fué enviar en busca de Ceddie, reteniéndole él iba a prevenir al conde de la llegada de su nieto.

Cuando llegó al castillo, el mayordomo le detuvo junto a la puerta de la sala donde estaba el conde y advirtió al administrador:

—Está de muy mal humor;

Y como una confirmación de lo que decía, se oyó dentro la voz del conde, que gritaba:

—¡Le he dicho que desahucie a los inquilinos que no paguen!

—La getsa lo pone insostenible —comentó el mayordomo—. Yo no

puedo soportarle más. Jura y maldice, insultándome cada día.

Desde dentro se oyó de nuevo la voz del conde, que seguía diciendo, cada vez más iracundo:

—¡No puedo mantener a todos los holgazanes del pueblo! ¡Ya me tienen harto!

—¿Con quien está? —preguntó el administrador.

—Con mister Mordaunt, el procurador.

Al poco rato salió éste como alma que lleva el diablo y el administrador se atrevió a entrar para darle cuenta de la llegada de su nieto. El conde, al verlo, refunfuñó entre dientes y le preguntó:

—¿De regreso, ya? Arréglate as-

te almohadón. Con cuidado, hombre!... Me duele mucho.

El administrador le arregló el almohadón sobre el cual descansaba el conde un pie, y aquél le volvió a preguntar:

—Bueno, ¿qué hay?

—Lord Fauntleroy y su madre han llegado bien y están en el pabellón. He dado aviso para que esté preparado y dentro de un rato ire por él.

—¿Qué tal es el niño?—preguntó el conde, sin demostrar ningún entusiasmo.

—Es difícil de juzgar un niño de nueve años, milord—respondió el administrador.

—Sí, ya comprendo. Será tonto, un niño mimado, tal vez.

—Se poco de niños, señor, pero puedo asegurarte que éste es bueno—le respondió.

El conde quedó un momento pensativo y al fin le preguntó:

—¿Tiene buena salud?... ¿Es feo?

—Posee una salud excelente, señor, y no es mal parecido. Desde luego muy diferente a los niños ingleses.

—¡Ya! — exclamó el viejo conde— Tengo entendido que los niños americanos son descarados, es decir, mal educados.

—Eso he oído decir yo también—convino el administrador—, pero éste no lo es, porque ha estado más entre personas mayores que entre niños y viene a ser una mezcla de juventud y madurez.

Al conde, por un lado, le halagaban los informes que de su nieto le daba el administrador, pero por otra parte sentía cierta desilusión. Hubiera querido que aquel niño tuviese todos los defectos que él había supuesto, para que ello le sirviese de justificación por haberlo desconocido hasta entonces. Mas ante las alabanzas que el administrador le hacía de él, guardó silencio y Havisham lo aprovechó para decirle el encargo que le había dado Adorada, y comenzó:

—La señora Errol me encargó que...

El conde levantó rápidamente la cabeza y exclamó energicamente:

—No quiero saber nada de ella. Demasiado hago con encargarme de su hijo.

Sin embargo, el administrador no se amilanó ante aquella actitud. Indudablemente era él el único hombre que se atrevía a discutir los deseos del conde y a contradecirle. Por lo mismo insistió en comunicarle los deseos de Adorada, diciéndole:

—Pero esto es importante que usted lo sepa.

El conde hizo un gesto de resignación y Havisham continuó:

—La señora Errol prefiere no aceptar la pensión que usted quiere darle... Dice que no es necesario, ya que existe cierta enemistad entre ustedes.

—¿Enemistad?... ¡Claro que sí! —y sonriendo irónicamente, exclamó: —Ya comprendo! No deja de ser interesada esa americana.

Havisham, que durante los días que había estado al lado de Adoranda había llegado a sentir una gran estimación por aquella mujer de tan excelentes virtudes, sintió que el conde la tratase tan injustamente y protestó diciéndole:

—Milord, no puede usted hablar así de ella. Nada pide, sino que rehúsa.

—Pero lo hace porque cree que así le da ir a verla. Le mandaré el dinero, aunque no lo pida. De esa forma no podrá decir que vive en la pobreza porque yo no le ayudé. Hasta supongo que me habrá indisputado con el niño.

—Yo le probaré lo contrario—siguió diciéndole el administrador—. La señora Errol le ruega que no le haga comprender al niño que usted lo ha separado de su madre porque

la odia. Cécilie no lo comprendería y podría dar lugar a que él no le quisiese y llegara a temerle. No quiere que su primer encuentro con el niño sea desagradable.

—¿Acaso ella no se lo habrá dicho ya?—preguntó el conde.

—No le dijo nada que pudiera hacerle creer que usted no es un hombre completamente perfecto. El lo cree a usted el mejor abuelo del mundo. Es más, cree que es usted un espíritu generoso.

—¿De veras?—preguntó el conde, halagado en su vanidad.

—Ya sabe que soy incapaz de faltar a la verdad por nada. Le advierto, además, que de usted depende cómo el niño le juzgue y lo insisto en mi consejo de que no le deje comprender que usted no simpatiza con su madre... Sólo tiene nueve años y los ha pasado siempre al lado de su madre, a la que adora.

El conde sintió interiormente. Le halagaba todo aquello que le decía el administrador y quiso asegurarse de ello, preguntándole con cierta incredulidad:

—¿Conque me cree generoso?

—En efecto—contestó el administrador.

—Pues yo pienso que ya debería usted haberse marchado y estar de vuelta con el niño.

Havisham no esperó más para salir en busca de Ceddie, y una hora después estaba de regreso con el pequeño en el castillo. Anteriormente se había dado orden para que toda la dependencia del castillo estuviera preparada para recibir al heredero del conde. Cuando éste llegó fué presentado a todos, para quienes el muchacho tuvo frases de cariño, conquistándose inmediatamente la simpatía de la servidumbre.

El administrador preguntó por el conde al ayuda de cámara, y éste le respondió:

—Está en la biblioteca.

—¿Con quién?—preguntó el administrador.

—Con Dougal.

Dougal era un magnífico perro que siempre acompañaba al conde. Fiel animal que nunca se separaba de su amo y que se había convertido casi en el dueño del castillo. Al entrar el administrador con el niño en la biblioteca, el perro comenzó a gruñir y el conde le llamó la atención, diciéndole:

—¿Dougal!... ¡Ven acá!

El animal se acercó nuevamente a su amo, mientras éste le decía a Ceddie, que había ido hacia él:

—¿Cómo está?

Havisham se había ido disimula-

damente para dejar al abuelo y al nieto solos en su primera entrevista y Ceddie respondió a la pregunta del conde, inquiriendo a su vez:

—¿Es usted el conde? Yo soy su nieto y vine acompañado de mister Havisham. Me alegro mucho de verle y deseo que se encuentre bien.

La primera impresión que produjo en el conde Ceddie fué inmejorable. El viejo aristócrata creía ver en el rostro de su hijo y hasta la voz del chiquillo le recordaba la del muerto, cuando era niño. Procuró contener la emoción que le producía y preguntó:

—¿Te alegras de verme?

—Mucho—respondió Ceddie con la franqueza en él peculiar—. Ansiaba saber si usted se parecía a mi padre.

—Y... ¿me parezco a él?—preguntó nerviosamente el conde.

—Algo, pero no dejo de admirarle, aunque no se parezca a mi padre... Es natural que se admire a los parientes... Se quiere a los abuelos y más si son tan buenos como usted.

—¿Tú crees que he sido bondadoso?—le preguntó el abuelo, que poco a poco se iba dejando ganar por la infantilidad de Ceddie.

—Claro que sí. Si no no hubiera

hecho lo que hizo por Bridget, Dick y la vendedora de manzanas.

El conde quedó sorprendido por aquella confesión. Ni siquiera sabía quiénes eran aquellas personas que le mencionaba, pero como le resultaba en extremo agradable la conversación con su nieto, le preguntó:

—¿Quiénes son?

—Eran amigos míos. Gasté para ellos el dinero que mister Havisham me dió por orden de usted. Además le di un reloj con cadena a mister Hobbs y le escribí un verso que dice:

«Cuando la hora mire aquí
acuérdesse siempre de mí.»

Suspiró Ceddle acordándose de sus buenos amigos y al fin exclamó:

—Echaré de menos a mister Hobbs.

—¿Y quién es mister Hobbs? —preguntó el conde.

—Nuestro proveedor — le contestó Ceddle—. Vende comestibles y verduras. Es mi mejor amigo y muy inteligente. Recita de memoria la declaración de la Independencia Americana.

El conde, ante esto último, frunció el ceño y la alegría que muestra-

ba su rostro desapareció, al acordarse de aquella tierra perdida para su patria. Ceddle se dió cuenta de ello y se apresuró a corregir su falta, diciéndole:

—Perdone. Olvidé que es usted inglés y no querrá que le hablen de la Declaración de la Independencia Americana.

—Tú también eres inglés — se apresuró a decirle su abuelo.

—No — protestó débilmente Ceddle—. Yo soy americano.

—¿Eres inglés! — insistió el conde—. Tu padre era inglés.

—Pero yo nací en América, y por lo tanto soy americano.

El conde, ante la tenacidad de Ceddle defendiendo su nacionalidad americana, no pudo menos que demostrar su mal humor con un gesto, que pagó el pobre perro, y el niño, dándose cuenta de ello, se acercó a su abuelo, le puso una mano sobre el hombro cariñosamente y le dijo:

—Perdóneme por haberle contradicho... Mister Hobbs dice que si hay otra guerra tendré que defender a los americanos, pero le prometi que haría todo lo posible por evitar que hubiera otra guerra.

—¿Harías tú tal cosa? — preguntó el abuelo.

—Claro que sí. Los hombres no

deben pelearse; deben quererse mucho.

El abuelo oía a Ceddie con la complacencia del que está seguro de que cuanto decía era fiel reflejo de lo que pensaba. Advertíase que en aquel niño todo era virgen, su alma y su pensamiento. Se levantó trabajosamente de la butaca en la que estaba sentado y Ceddie le dijo cariñosamente, al ver el trabajo con que andaba:

—Mucho cuidado, abuelo. Apóyese sobre mí. Cuando mister Hobbs se hirió en un pie yo le ayudaba a caminar.

—No podrás—respondió su abuelo, poniéndole suavemente una mano sobre el hombro.

—Sí podré ayudarlo—insistió el niño—. Soy fuerte. Tengo ya nueve años. Apóyese en el bastón y sobre mí.

Su abuelo se apoyó sobre el hombro del pequeño, que al sentir el peso no pudo menos que exclamar, sin querer declarar que era superior a sus fuerzas:

—Apóyese, sí, muy bien... Espero que sea corto el paseo.

El conde de Dorincourt condujo a su nieto a la galería donde se conservaban los retratos de sus antepasados, y fué indicándole cada uno de

ellos, quien era y diciéndole cuando llegó a uno de dichos retratos:

—¿Ves este viejo vestido de rojo? Era el décimo conde de Dorincourt... El rey Jorge I le condecoró durante la guerra con España y Austria... Era robusto y fuerte. Podía doblar una barra de hierro con las manos... Tú pareces haber heredado sus fuerzas.

—Muy interesante—respondió el pequeño mirando fijamente el retrato que le indicaba su abuelo.

Al cabo de un rato salieron de la galería, y como su abuelo se quejaba del mal que padecía, Ceddie le dijo cariñosamente, sintiendo una gran compasión por él:

—¿Ha probado meter el pie en agua tibia con mostaza?... Mister Hobbs solía hacerlo. También el árnica es buena.

Lo ayudó a sentarse de nuevo en su butaca, en la biblioteca, y el conde le respondió:

—Gracias por tu ayuda, pequeño. Y probaré eso del agua y el árnica.

A la hora de comer, Ceddie experimentó un gran desencanto. El esperaba ver a su abuelo de otra forma, tal y como se lo había dicho Hobbs, y por lo mismo se le quedó mirando fijamente, hasta que el conde le preguntó:



—¡A tu salud, Ceddíel!



—Este es el momento
más feliz de mi vida.



El mismo se puso a escribir la carta.



Guárdemela hasta que vuelva.



—Sentirá mucho que no
caya usted a verla.

—Gracias por haberme
ayudado.



—Es tu tío.



—En este barril ahora
hay un conde sentado.



El conde había cambiado por completo desde la llegada del niño.

—Vengo a despedirme.



—No creía posible llegar a querer tanto a un niño



—Esto es para usted.



—¡Cuánto deseaba que
vinieras!

—Aquí tienes una man-
zana.



—Tu madre vivirá ahora
aquí.



—No te quitarán nada
que yo pueda proporcionarte.

—¿Qué te pasa?... ¿No te gusta la sopa?

—Sí—respondió el muchacho—, pero estaba pensando en que no lleva usted su corona.

El conde no pudo menos que echarse a reír al oír a su nieto y respondió bromeando:

—No me cae bien.

—Hubbs me dijo—siguió diciendo Ceddle— que siempre la llevaba puesta, pero que a veces tenía que quitársela para ponerse el sombrero.

Desde hacía muchos años el conde no se había sentido tan optimista como aquel día. No sabía a qué era debido, si a la compañía del pequeño, a su charla ingenua y agradable o a qué achacar este buen humor de que se hallaba poseído. La cuestión era que su coño no era el mismo que siempre tenía y que hasta para hablar a los criados lo hacía de diferente forma. La servidumbre comenzó a notar desde el primer momento la benéfica influencia de Ceddle, y como es natural, comenzó también a mirar con simpatía a aquel niño, que con su sola presencia empezaba a dar una nueva vida a la que en el castillo se llevaba.

Al día siguiente, el conde, en

cuanto se levantó fué a buscar a su nieto. Durante toda la noche no había hecho más que pensar en él y en muchas ocasiones, acordándose de algunas ocurrencias del muchacho rió solo y deseó que volviera pronto el nuevo día para seguir charlando con él. Estaba seguro de que lo que le había dicho su administrador era verdad. Ceddle se diferenciaba mucho del niño que él se había imaginado y a juzgar por lo que había podido apreciar en él, era digno de que se le quisiese. Como decimos, en cuanto se levantó y hubo almorzado fué en busca de Ceddle y los dos juntos recorrieron todo el castillo. Ceddle demostraba a cada paso su admiración por las cosas que iba viendo y al terminar de recorrerlo todo no pudo menos que exclamar entusiasmado:

—Nunca vi una casa tan bonita... Pero, ¿no es grande para dos?

—¿Tú crees que es muy grande? —le preguntó su abuelo.

—Me parece que sí y hasta pienso que dos personas mal avenidas se aburrirían.

—¿Y tú crees que seré un buen compañero? —le preguntó su abuelo, con la seguridad de que Ceddle le respondería con la misma franqueza de siempre.

El niño no dudó la respuesta y, dejándose llevar por el cariño que su madre le había sabido inculcar a su abuelo, respondió:

—Creo que será usted tan buen compañero como mister Hobbs... Eramos grandes amigos... era mi mejor amigo con excepción de...

Se detuvo antes de pronunciar el nombre que había quedado en sus labios y en sus ojos se reflejó una profunda tristeza, que al no pasar desapercibida para el abuelo le preguntó:

—¿En qué piensas, Ceddie?

—Pensaba en Adorada—respondió el niño, en el que el recuerdo de la madre querida había puesto un velo de tristeza.

—¿Y quién es Adorada?—preguntó su abuelo.

—Es mi madre — respondió el niño con una entonación de voz, tan llena de emoción que demostraba claramente el inmenso amor que sentía por ella. Y para evitar que las lágrimas pudieran demostrar toda la tristeza que experimentaba exclamó queriendo cambiar el rumbo de la conversación:

—Mejor será que me levante y camine un poco.

Dió algunos paseos por la sala y, acercándose al magnífico perro que

se había hecho ya su compañero, exclamó acariciándolo:

—¡Qué hermoso animal!... Es mi amigo... Sé lo que siento...

Pero el conde no quería que en el ánimo de Ceddie existiese la menor tristeza y lo llamó a su lado diciéndole:

—Ven acá... Dime, ¿qué sientes? ¿Por qué estás triste?

Ceddie confesó el verdadero motivo de su tristeza, sin importarle lo que su abuelo pudiera pensar, y le contestó:

—Es que jamás me había separado de ella. Se siente uno extraño al pasar la noche en un castillo que no es su propia casa—hizo una pequeña pausa y siguió diciendo—: Pero mi madre no está muy lejos de aquí y me dijo que no olvidara que ya tenía nueve años y que para consolarme de su ausencia podía mirar este retrato que ella me dió.

Sacó un pequeño dije que Adorada le había entregado antes de separarse de él y se lo enseñó a su abuelo, diciéndole:

—Mire... Se toca el resorte y se abre.

El conde, sin querer, miró el retrato de Adorada. Por aquella leve mirada que echó sobre él no pudo menos de reconocer que el aspecto

de su nuera no era nada desagradable, y le preguntó al pequeño:

—¿Crees que la quieres mucho?

Ceddle le miró fijamente. Le extrañaba que le hiciese aquella pregunta. ¿Cómo era capaz de suponer que él creía querer a su madre, cuando tan seguro estaba de ello? Y, enérgicamente, sin dejar lugar a la menor duda, respondió:

—Lo creo y estoy cierto de ello. Mister Hobbs y los otros eran amigos míos, pero Adorada es mi mejor amiga... Mi padre la dejó a mi cuidado y cuando sea mayor trabajaré para ella.

—¿Y qué piensas hacer cuando seas mayor?

—Pues asociarme con mister Hobbs, es decir, eso lo pensaba antes, pero ahora me gustaría ser Presidente.

Su abuelo quedó unos segundos pensativo y al fin le respondió:

—Cuando seas mayor irás a la Cámara de los Lores.

—Bien—replicó Ceddie, conformándose—, si no puedo ser Presidente y ése es un buen negocio, no me importaría... Después de todo, el negocio de comestibles es bastante aburrido.

—La Cámara de los Lores también—exclamó su abuelo—, pero

todo conde de Dorincourt ha ido allí.

—Bien—terminó diciendo Ceddie— Lo consultaré con mi madre.

Por aquella conversación pudo deducir el conde que el cariño que Ceddie tenía a su madre era tan sincero que difícilmente podría encontrar la felicidad en aquel castillo, sin tenerla a su lado. Ahora bien, que la idea de traerla a vivir con él no pasó ni tan siquiera por su imaginación. Le parecía aquello tan absurdo como el que su nieto fuera tendero. Era algo así como el querer unir el agua y el fuego. Mas si bien esta idea jamás encontró cabida en su pensamiento, procuró por otra parte hacerla lo más agradablemente posible la estancia del pequeño en el castillo.

Fueron pasando los días y la amistad entre el conde y el niño fué estrechándose cada día más. El viejo aristócrata había cambiado por completo. Ya no era el señor despótico de otro tiempo, ahora hasta resultaba amable el hablar con él y muchas veces el conde se entretenía con los criados, quienes le daban cuenta de las ocurrencias de Ceddie, haciendo que el viejo se riese a más no poder. Diríase que desde la entrada del niño en el castillo, había penetrado también en él un nuevo

rayo de luz que todo lo iluminaba y daba vida y alegría. Para poder darse una idea de cómo había cambiado Ceddie el carácter del conde, una mañana fué a verlo su procurador, y el mayordomo le dijo:

—Está en la biblioteca... Entre usted y verá cómo lo encuentra... Yo jamás he visto cosa igual.

Entró el procurador y se encontró con el conde tendido en el suelo jugando con Ceddie al ajedrez. El conde al ver a su administrador no hizo siquiera intención de levantarse ni de adoptar ninguna postura más respetuosa, sino que siguió jugando tranquilamente, como si no le diera importancia alguna a la etiqueta, de la que había sido siempre tan esclavo.

El procurador no se atrevió a decir palabra, temeroso de que el conde pudiera enfadarse por haberlo sorprendido de aquella forma, y fué precisamente ésto quien le dijo:

—Buenos días, Mordaunt... ¿Sabe usted jugar? Como ve, estoy muy ocupado... Juegue un poco con nosotros.

El pobre procurador que comprendía que a sus años no estaba para tirarse al suelo se excusó lo mejor que pudo diciéndole:

—Me duelen las coyunturas, milord; pero lo probaré.

—No es necesario — respondió el conde—. Dígame de quién se trata hoy.

—De su arrendador mister Higgins — respondió débilmente el procurador, temiendo suscitar el mal humor del aristócrata. Y, en efecto, el conde al oír al procurador exclamó violentamente:

—¡Ya le dije que pague o que se vaya! Siempre se atrasa en el pago.

El procurador adoptó una actitud de verdadera pena y se lamentó diciéndole:

—Es una lástima, milord. Quiere mucho a su familia y si pierde la finca se morirá de hambre.

Ceddie, que se había levantado también del suelo y escuchaba la conversación de los dos hombres, no pudo menos que exclamar:

—¡Pobre hombre, qué desgraciado debe ser!

El conde se acordó entonces de la filantropía de su nieto y, cambiando su actitud, exclamó:

—Olvidé que aquí teníamos un filántropo... ¿Qué harías tú?

Ceddie no dudó en la respuesta. Era un ser incapaz de ver una desgracia sin procurar remediarla y, por lo mismo, le contestó a su abuelo:

—Si fuese rico, le ayudaría.

El conde se echó a reír. Pensaba en que Ceddie ni siquiera se daba

cuenta de que era su único heredero y que por lo tanto tenía fortuna suficiente para arreglar aquel asunto. Por lo mismo le recordó su condición y le dijo:

—¡Tonto! Eres lord Fauntleroy y debes ya atender estos asuntos. ¿Sabes escribir?

—Sí—respondió el niño—, pero no muy bien del todo.

—No importa. Escribe tus ordenes al abogado Newich y dile: «No debe intervenir en el asunto Higgins y dejarle por ahora». Firma Fauntleroy. ¿Basta con eso?

Mientras el pequeño escribía, el procurador miraba a uno y a otro como si se quisiera asegurar de que no se estaban burlando de él, hasta que finalmente Ceddie dejó de escribir y leyó el contenido de la carta que decía, aun cuando con alguna falta de ortografía:

«Estimado Mr. Newich: Tenga la bondad de no intervenir con mister Higgins por ahora. Su seguro servidor, Fauntleroy.»

—Desde luego que encontrará esta carta muy satisfactoria—comentó el conde—. ¿No te parece?

—Yo creo que sí — respondió ingenuamente el pequeño, sin comprender la ironía de su abuelo—. Mister Hobbs siempre firmaba así

las cartas y así el mejor decir: «tenga la bondad».

Y acercándose a su abuelo, le preguntó:

—¿Se escribe así «interbenira»?

El conde leyó la carta que había escrito su nieto y al darse cuenta de la falta de ortografía sonrió condescendiente y le respondió:

—No creo que sea así, como lo escribe la Academia, pero Higgins no se quejará de la ortografía, de seguro.

Ceddie, al ver que el conde había perdonado la deuda a su arrendador, le abrazó cariñosamente, y exclamó al mismo tiempo, sin poder ocultar su admiración:

—¡Es usted la persona mejor del mundo!... ¿Verdad, Mordaunt?

Este asintió con la cabeza, pues su confusión, al ver el proceder del conde, lo tenía perplejo y antes de que pudiera responder, Ceddie siguió diciendo:

—Abuelo, le escribiré a mister Hobbs y le diré que es usted muy bondadoso, que siempre procura que la gente sea feliz y que espero ser como usted cuando sea mayor.

—¿Como yo? — preguntó el conde, dándose cuenta que hasta entonces no le había movido jamás ningún acto de piedad. Y para que el procurador no advirtiese su azo-

ramiento le entregó la carta, diciéndole:

—Tome, llévesela.

El procurador salió de la estancia y en cuanto estuvo en la puerta se santiguó como la persona que acaba de ver un milagro y el ayuda de cámara del conde, que estaba en la puerta, le preguntó burlonamente:

—¿Qué le sucede?

—¡Un milagro! — exclamó el bueno del procurador—. Jamás lo hubiera creído. El conde se muestra compasivo a más no poder.

—Claro — respondió el ayuda de cámara—. Desde que ese niño está aquí es otro. ¿Por qué no vendría unos años antes?

—Eso pregúnteselo a él—replicó el procurador—. Yo ahora tengo mucha prisa por llevar una buena noticia.

Y corriendo hacia la puerta desapareció del castillo, pensando que con Ceddie había entrado un hada benéfica para todos los campesinos del conde.

LA POPULARIDAD DE CEDDIE

TODOS los días iba Ceddíe a ver a su madre. Los momentos que pasaba con ella eran los más felices de su vida y por nada del mundo habría dejado un solo día de ir a visitarla. Aquel inmenso cariño que siempre sintió por ella, no disminuía en lo más mínimo, sino que, por el contrario, cada vez era mayor. Y mientras tanto la popularidad de Ceddíe entre los campesinos del castillo iba siendo cada día mayor también. Desde su llegada nadie se había visto molestado por el conde, y por los criados sabían que todo era debido a la influencia del pequeño lord. Esto le había conquistado un gran cariño entre todos los campesinos que procuraban ha-

cerse los encontradizos con el niño para saludarle y hacerle patente las simpatías de que gozaba.

Una mañana, cuando llegó la hora de hacer su visita a su madre, en vista de que el conde no se acordaba y no le decía nada, le preguntó:

—¿Puedo ir a ver a mi madre ahora? Sé que me está esperando.

Su abuelo quiso poner a prueba el cariño de Ceddíe. Sabía por mister Avisham que el mayor deseo del pequeño era tener un potro, y le respondió sonriendo:

—Antes debes ver algo en las cuadras.

—Se lo agradezco—insistió Ceddíe—, pero si no tiene inconveniente, prefiero esperar hasta ma-

ñana. Ya le he dicho que me espera Adorada.

—Bien. Encargaré el carruaje— respondió el conde. Y para tentarlo volvió a decirle:

—¿No quieres ver lo que hay en las cuadras? Es un potro.

—¿Un potro? — exclamó alegremente Ceddíe—. ¿De quién?

—Tuyo— respondió el conde—. Te lo regalo.

Ceddíe abrazó a su abuelo y exclamó, demostrando la gran alegría que experimentaba:

—Nunca creí poder tener un potro. ¡Qué contenta se pondrá mi madre! ¡Es usted el hombre más generoso que he conocido!

El conde pensó que la idea del potro le había hecho olvidar el deseo de ver a su madre, y le volvió a preguntar:

—¿Quieres verlo?

Ceddíe no dudó siquiera ante la pregunta y respondió con decisión:

—Estoy loco por verlo..., pero no tengo tiempo, he de ir a ver a mamá.

—¿Y por qué no lo dejas para mañana? Le dirás el motivo y ella lo comprenderá.

—No, no — insistió Ceddíe—. Estará ya pensando en el momento en que nos vamos a ver.

El conde no insistió más. Se daba

cuenta del inmenso cariño que sentía hacia su madre y le ordenó:

—Toca la campanilla para que enganchen.

Al cabo de media hora, nieto y abuelo recorrían las avenidas de los jardines, dirigiéndose en un precioso carruaje hacia el pabellón donde vivía Adorada y al llegar frente a él se apeó Ceddíe, preguntándole a su abuelo:

—¿No viene a ver a Adorada?

—No— respondió secamente el conde. Pero al darse cuenta de la mirada interrogativa de su nieto, dulcificó el tono y le dijo:

—Ella me dispensará. Dile que ni tu nuevo potro te detuvo.

* Pero Ceddíe tenía verdadero empeño en que su abuelo visitase a su madre e insistió, diciéndole:

—Adorada sentirá mucho de que no vaya usted a verla.

El conde se acordó de la renuncia que había hecho a la pensión que él pensó designarle y le respondió irónicamente:

—Temo que no. Anda, ves a ver a tu madre y luego volveremos a buscarte.

Mientras ellos hablaban detenidos frente al pabellón que ocupaba Adorada, varios campesinos los miraban desde prudente distancia y una mujer comentó:

—No sé por qué el conde separa a ese niño de su madre.

—Y dicen que la señora Errol es muy buena—comentó otra.

La mujer de Higgins, que estaba en el porro, dió cuenta de lo que el pequeño había hecho por ellos, y terminó diciéndoles:

—La carta fué escrita por el mismo niño y firmada por él mismo. Decía «Fauntleroy» con letras bien grandes.

En esto apareció en la puerta del pabellón Adorada y Ceddíe corrió hacia ella, mientras que las campesinas seguían en sus comentarios, diciendo:

—¡Esa es la madre!

—¡Pues es muy bonita!

El conde, sin darse cuenta de los comentarios que hacían acerca de su hija política, siguió su paseo por los jardines, mientras que Ceddíe y su madre se comunicaban sus últimas impresiones. El pequeño daba cuenta del regalo que le había hecho su abuelo y se expresaba en tal forma que Adorada comprendió que su hijo estaba en el castillo admirablemente atendido. Esto era, después de todo, un verdadero consuelo y pensó que bien merecía el sacrificio que ella se imponía si gracias a él podía conseguir la dicha de su pequeño.

Al cabo de un par de horas el conde volvió de nuevo a buscar a su nieto. Se hallaba solo sin la compañía de Ceddíe y sin su graciosa conversación. Por lo mismo, en cuanto pasó el tiempo que tenía señalado para visitar a su madre, fué en busca del pequeño lord. Adorada tenía buen cuidado de no hacer esperar al conde y cuando se oyó el coche le dijo a su hijo:

—Anda, Ceddíe. Vienen por ti.

—Qué pronto pasa el tiempo a tu lado, Adorada—respondió el niño suspirando tristemente.

Adorada comprendía el cariño de su hijo, pero ante él se mostraba fuerte para impedir que pudiera impresionarse y que el conde creyese que ella lo disponía en contra suya.

Salió Ceddíe y montó de nuevo en el coche al lado de su abuelo. El cochero esperó a que le diesen la orden de marchar, y el conde le dijo:

—Vamos a la iglesia.

Desde hacía muchos años el conde no había vuelto a aquel recinto sagrado y, por lo mismo, los campesinos al verlo ir hacia aquella dirección no pudieron menos que expresarse unos a otros su extrañeza, diciéndose:

—¡El conde va a la iglesia!... ¡Esto es un milagro!

Otro campesino, ya viejo, que había conocido al hijo del conde, se fijó en el pequeño y murmuró:

—El niño se parece exactamente a su padre.

Al pasar entre ellos, los campesinos saludaban respetuosamente, y el conde advirtió a su nieto:

—Descúhrete, te saludan a ti.

Entraron en la iglesia, lugar que había servido de panteón a los primeros condes de aquel título, y Ceddíe leyó una inscripción que decía:

«Aquí yace el cuerpo de
Gregory Arthur, primer
conde de Dorincourt —
También el de su esposa
Hildecarda»

Ceddíe, después de leerlo, se acercó a su abuelo y en voz baja le preguntó:

—¿Puedo hablar?

El conde asintió afirmativamente con la cabeza y el niño siguió preguntándole:

—¿Quiénes son?

—Tus antepasados—respondió el conde—. Murieron hace varios siglos.

Al salir de la iglesia un campesino se acercó a ellos y mientras lo hacía, Ceddíe tuvo un presentimiento y preguntó a su abuelo:

—¿Es mister Higgins?

—Sí—respondió el conde cuando ya estaba el campesino al lado de ellos—. Querrá conocer a su nuevo casero.

El pobre campesino se dirigió a Ceddíe y, saludándole respetuosamente, le dijo:

—Quiero agradecer al pequeño lord sus bondades conmigo.

Ceddíe rehusó el agradecimiento y le dijo, satisfaciendo la vanidad del conde:

—Yo sólo escribí la carta... Agradéscaselo a mi abuelo que es muy bueno. ¿Ya están bien sus familiares?

—Sí, gracias—respondió el campesino—. Mi esposa ya está mejor.

—Mi abuelo sintió mucho que sus hijos tuviesen la escarlatina.

El conde no pudo menos que intervenir en la conversación, sintiéndose halagado por lo que su nieto decía de él, y exclamó:

—¿Ve, Higgins, como se equivocan conmigo? El único que me comprende es lord Fauntleroy... Si quiere informes míos pídaselos a él.

Cuando llegaron al castillo, el conde advirtió a su nieto la misma tristeza que siempre se apoderaba de él después de haber visto a su madre. Comprendiendo la causa, le preguntó:

—¿Te hace mucha falta tu mamá?

—Sí, señor, muchísima — contestó Ceddie, sin pensarlo siquiera—. ¿Y a usted no?

—No, no la conozco — respondió el conde, pero sin hablar de ella con aquella ironía que empleaba al principio.

—Eso es lo que me extraña — repuso Ceddie—. Yo pienso que todo el mundo querrá estar siempre al lado de Adorada.

—¿Y no te basta con verla todos los días?

—Es que nosotros solíamos vernos a todas horas, sin tener que esperar...

—¿No la olvidas nunca, entonces?

—No, señor. ¡Nunca!... Tampoco le olvidaría a usted.

El viejo conde sonrió al oír la zalamería de su nieto y éste, acariciándolo suavemente, siguió diciéndole:

—Si no viviera con usted, le recordaría siempre... ¡Se lo prometo!

El conde se levantó de su asiento y se alejó lentamente, pensando en las palabras de su nieto. Aquel cariño que le demostraba era sincero. No le cabía duda alguna, puesto que jamás le había dicho Ceddie nada que no sintiera de veras. Y lo más

grande del caso era que él tampoco había tenido un cariño tan grande como el que sentía por su nieto y pensó que ni siquiera a sus propios hijos había querido tanto como a Ceddie.

A pesar de su cambio de existencia, Ceddie no había olvidado a sus antiguos amigos y al cabo de algunos días de estar en el castillo escribió a mister Hobbs dándole cuenta de sus impresiones. Al recibir el tendero la carta corrió a decírselo a Dick y le leyó el contenido de la misma, que decía:

«Querido mister Hobbs: Debo hablarle de mi abuelo. No es cierto que los condes sean tiranos. El no lo es, tiene gota y sufre mucho. Es un conde bueno, que se parece a usted...»

El tendero interrumpió la lectura e hizo el siguiente comentario:

—Dice «Se parece a usted». ¿Qué te parece? Conoce al conde de poco y a mí de toda la vida... No me gusta que me compare con un conde.

Dick hizo un gesto de tristeza y comentó a su vez:

—Le han cambiado.

—Tienes razón — volvió a decir mister Hobbs—. Esos aristócratas son muy astutos. Hacen de uno lo que quieren para conseguir sus deseos...

—¡Lástima que sea ahora conde!
—murmuró Dick.

—Ha sido una verdadera lástima
—dijo mister Hobbs—. Hubiera
sido un gran comerciante.

Dick quedó un momento pensativo. Se figuraba ver a su amigo entre aquellos aristócratas, ante aquellos seres de quienes tanto le había hablado mister Hobbs y le preguntó:

—¿Sabe usted algo de esa gente?

Mister Hobbs le miró extrañado por la pregunta. El no sabía nada de aquellos aristócratas. Solamente era que se había formado un criterio de ellos y esto le bastaba para responder al limpiabotas:

—No, sólo sé que son altivos y malos.

El limpiabotas cogió la carta de Ceddle, la miró fijamente y exclamó:

—¡Qué bien escribe!... Parece que le estoy viendo. Apuesto que desea volver aquí.

El tendero guardó la carta y se volvió a Dick, preguntándole:

—¿Dónde vives ahora?

—Vivo con dos más en un cuarto... Son malos tipos, pero el cuarto es barato.

El tendero hizo un gesto de contrariedad y le aconsejó:

—No debes vivir con esa clase de gente... Mira, yo tengo un cuarto sobre la vieja cuadra y una vieja cama que puedes utilizar para ti. Vente conmigo. Yo nada te cobraré.

Dick saltó del barril donde estaba sentado y, abrazando al viejo tendero exclamó loco de alegría:

—¿De veras, mister Hobbs?

—Claro que sí — contestó el tendero—. Ya sabes que no me gustan las bromas.

Dick se puso serio, miró fijamente al tendero y al fin exclamó con la gravedad de quien dice una gran máxima:

—Mister Hobbs, usted no es conde, sino príncipe.

Mister Hobbs movió la cabeza de un lado a otro, como quien se siente preocupado y le respondió:

—Nada de comparaciones, Dick. Ya sabes lo que te he dicho.

Y de aquella forma, la gran amistad que existía entre el pequeño limpiabotas y el tendero se hizo más fuerte, viviendo desde aquel día los dos en la misma casa y pudiendo hablar de Ceddle.

LA PRESENTACION DE CEDDIE EN SOCIEDAD

El conde de Dorincourt era el jefe de la familia del mismo nombre y a él rendían pleitesía todos sus familiares, siguiendo una antigua tradición de la casa. Entre ellos había muchos que habían acerbado la idea de heredar al conde cuando éste muriese, ya que no dejaba ningún hijo; pero aquellas ilusiones se desvanecieron cuando se enteraron de que el viejo aristócrata había decidido reconocer a su nieto. El conde de Dorincourt, que había sospechado estas ideas en algunos de sus parientes, quiso demostrarles que perdían el tiempo abrigando todavía algunas de aquellas esperanzas y por lo mismo organizó una fiesta en su castillo, con el fin de presentar en

ella a Ceddie, como futuro jefe de la casa y único heredero de todo el capital que poseía.

El mismo Havisham se encargó de cursar las invitaciones y la noche de la reunión antes de que el conde apareciese en el salón se hacían toda clase de comentarios acerca del futuro conde.

—Dicen que tiene las cejas de los Dorincourt—comentaba uno de los que con más cariño había concebido la ilusión de poder heredar al viejo conde.

—También dicen que esconde a la madre del niño en el mismo castillo—repuso otro.

Pero a todos estos comentarios dió término la presencia del conde que llegaba acompañado de su nie-

to, al cual iba presentando a todos los reunidos. Por fin llegó adonde había una joven de aspecto simpático y a quien presentó diciéndole:

—Es tu tía.

La joven acarició al pequeño y, llevándolo a un sofá, se sentó con él, diciéndole:

—Te pareces a tu padre. Yo le quería más que nadie.

—¿La conoció usted?—preguntó Ceddíe, que desde el primer instante sintió una gran simpatía por aquella mujer.

—Claro que le conocí—respondió ella—. Jamás tuvimos un disgusto.

—Pues entonces debo conocer a Adorada. Se alegrará de hablarle de él. Porque ella no tiene a nadie más que a mí y yo era tan pequeño cuando murió papá...

El conde se acercó a ellos, y llamando aparte a la joven, le dijo:

—Confieso, Constanacia, que sin duda habrás notado que el niño me ha cambiado por completo.

Constanacia, que había podido observar el cariño que Ceddíe sentía por su madre, quiso hacer algo en favor de él, y le preguntó al conde:

—¿Y qué opina la madre de ti?

El conde frunció las cejas, sin saber qué responder. Desde luego, ha-

cía días que le pesaba la forma en que había tratado a la madre de Ceddíe, pero incapaz de darse por vencido no hizo nada por acortar las distancias que los separaban. Ante la pregunta de Constanacia no supo más que responder:

—No se lo he preguntado nunca.

Constanacia comprendió que la pregunta había sido demasiado indiscreta y volvió de nuevo adonde la esperaba Ceddíe y le dijo:

—Debes visitarnos en Lorrindaile Park... Cuando vayas te regalaré un perrito.

Ceddíe acarició a Dougal, que jamás se separaba de su lado, y respondió:

—Muchas gracias, pero temo que Dougal pueda enfadarse.

—¿Enfadarse?—preguntó Constanacia, riendo ante la ingenuidad del chiquillo, que siguió diciéndole:

—Sí, como me quiere mucho yo no quiero ofenderle.

—No se ofenderá... ya verás como no—insistió Constanacia.

En aquel momento llegó Havisham a la fiesta y el conde, en cuanto lo vió, se acercó a él y le preguntó ansiosamente:

—¿Qué noticias hay?

—Ya se la diré luego, milord—respondió Havisham.

—¿Son malas?—Inquirió de nuevo el conde.

—Es preferible que hablemos cuando la fiesta haya terminado.

Entretanto, los invitados no hacían más que comentar el cambio experimentado en el conde. Era un hombre completamente distinto. Había desaparecido de él aquel carácter adusto que le hacía insoportable y se mostraba ahora un hombre agradablemente sociable que se interesaba por todo. No cabía duda que el cambio que había experimentado el conde era en extremo extraordinario y cuantos le conocían no dejaban de achacarlo a la influencia que el pequeño ejercía sobre él.

Mientras hablaba con Constan-
cia, Ceddle no quitaba la vista de ella y la muchacha no pudo menos que preguntarle:

—¿Por qué me miras así?

—Porque es usted muy bella—respondió Ceddle con su natural espontaneidad.

Uno de los invitados que le oyó se acercó y le dijo, sonriendo maliciosamente:

—Aprovechate, pequeño Fauntleroy... ahora que puedes.

El chiquillo levantó la vista hacia su nuevo interlocutor y exclamó convencido:

—Pero, ¿verdad que es bella?

Fue el otro a responderle, mas Constan-
cia supo cortar la conversación diciéndole:

—Lord Fauntleroy, puede decir lo que quiera, es el único.

El chiquillo le estrechó las manos cariñosamente y siguió diciéndola:

—Es usted más bella que nadie... excepto que Adorada. No creo que haya nadie más bella que ella. Le diré lo buena que ha sido usted conmigo y cuánto me he divertido en esta fiesta.

Mas al cabo de una hora, el sueño pudo más que la voluntad de Ceddle y quedó dormido en el mismo sofá donde había estado hablando con Constan-
cia.

Poco a poco fueron desapareciendo los invitados, hasta que, finalmente, sólo quedaron el conde y Havisham. Aquél, sin esperar a más, dada la nerviosidad que sentía, le preguntó:

—¿Qué hay del asunto?

Havisham bajó la vista al suelo, miró luego al niño que dormía y al fin exclamó:

—Son muy malas noticias, mi lord, muy malas.

Y como el conde advirtiera la mirada de compasión con que estaba mirando a Ceddle le preguntó:

—¿Por qué mira así al niño?

Havisham suspiró, hizo un gesto

como aquel que se rebela en dar una mala noticia y que al fin no tiene más remedio, y exclamó:

—Milord, no perderé el tiempo... Las noticias afectan al niño.

—¿Qué quieres decir?

—De ser ciertas, él no es lord Fauntleroy... Es sólo el hijo del capitán Errol. El legítimo lord Fauntleroy es el hijo de su hijo Bevis, y se encuentra en Londres.

El conde le miró severamente. Volvía a ser otra vez el hombre de mal genio y exclamó nerviosamente:

—¿Qué dice usted?... ¿Está usted loco?... ¡Es una cruel mentira!

—Si es mentira... las pruebas son verídicas.

El conde se pasó una mano por la frente, como queriéndose dar cuenta de que estaba despierto, y le dijo:

—Explíqueme todo lo ocurrido.

—Esta mañana fué a verme una mujer — siguió diciéndole Havisham —. Me dijo que se había casado con Bevis hace once años, me enseñó la partida de casamiento y la de nacimiento de su hijo. Me explicó que abandonada por el padre del niño, ella se lo había llevado a América.

—¡Bah! — exclamó el conde —. ¡Esa mujer es una impostora! ¡Todo eso no es más que un engaño!

—Temo que no — respondió Havisham —. He visto los documentos y no dejan lugar a dudas. Ella es una mujer muy ignorante, pero ha consultado con un abogado y éste le ha dicho que su hijo es el auténtico lord Fauntleroy, con todos los derechos.

El conde cruzó los brazos tras su espalda y durante algunos minutos estuvo dando paseos por la estancia, hasta que, finalmente, se acercó a Havisham y exclamó:

—¡Lo impugnaré! ¡Desheredaré al hijo de Bevis!

—No podrá hacerlo — respondió Havisham, seguro de que la ley protegía a aquella mujer —. No podrá impedir que él sea el heredero de su padre.

Nuevamente reanudó el conde sus paseos, posando de vez en cuando la vista sobre Ceddie que dormía ajeno a lo que se hablaba, y al fin volvió a decirle:

—¿Dice usted que esa mujer es vulgar e ignorante?

—Apenas si sabe escribir. Además es mal educada y muy interesada.

El conde quedó unos momentos pensativo. Una idea le atenazaba en aquellos momentos y sentía por primera vez el remordimiento de haber

despreciado a Adorada. Ahora es cuando comprendía todo el valor de aquella mujer que había sabido resignarse en su pobreza. Comprendió también la injusticia que con ella había cometido y no pudo menos de confesarlo diciendo:

—Y yo que destrocé a la madre de éste! Supongo que todo esto es un castigo de Dios! Pero yo no creía posible llegar a querer tanto a este niño. Siempre odié a los niños y más aún a los míos. Pero... a éste le quiero mucho. Y lo peor es que él también me quiere... Nunca me temió y siempre se confió a mí.

Havisham escuchaba al conde y asentía con la cabeza, indicándole que cuanto decía era verdad. ¿Quién era capaz de tratar a Ceddle y no sentir por él gran cariño? Y si no que se lo preguntasen a la servidumbre del castillo que adoraban al chiquillo. El conde, dejándose llevar por los pensamientos que le atormentaban en aquel momento, hizo sonar la campanilla para que viniese un criado y mientras tanto siguió diciéndole a Havisham:

—Mire usted, yo sé que nunca he sido popular; sin embargo, él me quiere. El hubiera llegado a substituirme, hubiera sido mejor que yo y habría honrado mi nombre.

En aquel momento apareció un criado y le preguntó:

—¿Ha llamado, milord?

—Sí—respondió el conde—. Llévame a lord Fauntleroy a su cuarto.

El criado cogió cariñosamente a Ceddle, que ni siquiera se despertó, y lo llevó a su cuarto, para dejarlo bien acomodado en su cama.

El asunto de la aparición de un pretendiente al título de Conde de Dorincourt interesó, como es natural, a toda la aristocracia londinense y hasta la prensa se hizo eco de cuanto pasaba, ya que la reserva se había desvanecido y la madre del pretendiente al título no se había ocultado de confesar a los informadores los derechos que tenía para exigir la herencia del conde a favor de su hijo.

La que más sintió esta noticia fue Constanza, que dijo a su marido:

—¿Qué lástima!... ¡Es un niño tan noble!

—Ese niño es el único ser humano a quien él ha querido—le respondió.

—¿Crees que llevará el caso al Tribunal? — preguntó Constanza nuevamente.

—No sé — respondió su marido—. Ya sabes que el conde es muy terco, aunque esos pleitos son muy arriesgados y a lo mejor lo pierde.

uno todo. Constanza, ¿quién hubiera dicho que llegaríamos a compadecernos a ese viejo?

Y lo mismo que la aristocracia se cuidaba de hacer comentarios sobre el particular, también los campesinos del castillo, enterados de lo que pasaba, pedían a Dios que Ceddie se quedara en el castillo como

futuro heredero, ya que con él habían encontrado un ser que los amparaba y sabía remediar cuantas desgracias les ocurrían. Y lo mismo que elogiaban a la madre de Ceddie, injuriaban a la del otro, pensando que era una usurpadora que venía a quitarle a Ceddie lo que en derecho le pertenecía.

DOS ENTREVISTAS DISTINTAS

LA nueva nuera del conde, sin pedir permiso a éste se instaló cerca del castillo y desde allí dirigía a su abogado todo cuanto había que hacer para celebrar el pleito, si es que el conde se empeñaba en negarle el derecho que pretendía. Su abogado en varias ocasiones le había recomendado más calma, pero el carácter autoritario de ella no se avenía a ninguna reconversión.

En vista de que su actitud era de intransigencia, el conde hizo por Ceddie lo que quizás no habría hecho ni por él mismo, y fué ir a visitar a la madre del otro niño con el fin de poder llegar a un acuerdo. Estaba dispuesto a entregarla una

fuerte suma para que hiciese renuncia en nombre de su hijo de aquel derecho que proclamaba y que de esta forma pudiera heredar su título Ceddie.

A tal efecto se presentó una mañana en casa de ella, y al verla, le preguntó:

—¿Vive aquí una tal lady Fauntleroy?

—Servidora — respondió ella, procurando aparecer lo más correcta posible — ¿Es usted acaso el conde Dorincourt?

Este asintió con un monosílabo y entonces ella llamó a su hijo y se lo presentó al conde, diciéndole al pequeño:

—Dale la mano a tu abuelo.

«El niño que le presentaba, sucio, desgreñado y demostrando una malísima educación, produjo en el conde tal impresión, que ni siquiera se dignó darle la mano, a lo que su madre protestó diciéndole:

—Vaya una actitud... ¡Piense usted que es su nieto!

—Tendrán ustedes que probar eso—dijo el conde, mirando de reojo a Havisham que le había acompañado.

—Ya lo creo—exclamó el abogado de lady Fauntleroy tomando parte en la conversación y presentándose a la vez— Soy Snade, abogado de lady Fauntleroy. Tenemos la fe de bautismo. Es hijo del difunto lord Fauntleroy... Ah, mister Havisham, celebro verle de nuevo.

Ni el conde ni Havisham se dignaron contestarle, y él siguió diciéndoles:

—Lady Fauntleroy me ha entregado las pruebas que bastan para convencer a cualquier Tribunal. Les aconsejo que hagan un arreglo para llegar a un amigable acuerdo.

—¿Amigable? — exclamó agresivamente lady Fauntleroy — ¿No ve usted que me mira como a una extraña? Pues sepa usted que soy su nuera. Su hijo Bevis se casó conmigo y puedo probar que era el padre de

mi hijo. De nada le valdrá oponerse. Ya sabe que todos le odian aquí... Ya sé que es usted orgulloso, pero en esta ocasión de nada le servirá, a menos que cambie usted de táctica con nosotros.

El abogado, viendo que aquella mujer iba a echar a perder todo, le increpó diciéndole:

—Le ruego que se calle usted.

—No quiero — exclamó ella, dejando al descubierto la mala educación que poseía — No repararé en nada. Acudiré a los Tribunales. Le diré al mundo entero quién es usted y quién era su hijo Bevis que me abandonó con un hijo en los brazos.

El conde la hizo callar con un gesto autoritario y exclamó:

—Señora, es vergonzoso que sea usted mi nuera, pero si es cierto, la ley la protegerá y en ese caso su hijo será lord Fauntleroy y usted recibirá una pensión... Pero le advierto que investigaremos... Además, nunca quiero volverles a ver, ni a usted ni a su hijo... Cuando yo muera podrán hacer lo que quieran.

Y mirándola despectivamente, poniendo en sus palabras todo el desprecio que le merecía, terminó diciéndole:

—Es usted precisamente la clase

de mujer con quien mi hijo Bevis se hubiera casado.

Y sin despedirse siquiera salió de nuevo de la casa y seguido de Havisham subió al carruaje que le esperaba a la puerta.

Havisham, ante la mirada interrogativa del conde, le expresó su desconfianza en el éxito de sus gestiones, y le dijo:

—Temo, señor, que no podamos hacer nada.

—Pero es una barbaridad—exclamó el conde llevándose las manos a la frente—. Esa mujer y su hijo son indignos de llevar mi nombre.

—Es verdad, milord, pero la ley no reconoce tal cosa... Verdaderamente le compadezco, mi querido señor.

—Si pleiteamos, ¿cree usted que perderemos?

—Me temo que sí... La fe de bautismo y los demás documentos nos colocan en un plano muy inferior. De llevar este asunto al Tribunal sólo conseguiremos dar un escándalo y al fin perder.

Havisham para consolar algo al pobre viejo, le quiso hacer ver la posibilidad de que su primera impresión tal vez estuviere equivocada, y le dijo:

—Puede ser que el niño no sea tan malo... si se le da una buena educación.

—¡Ese chico! —exclamó el conde, protestando del pensamiento de Havisham— ¡Ese zopenco! ¿No ve usted la diferencia de éste y de Ceddie?... Pero, en fin, no me queda otro remedio que aceptar su decisión.

Mas, a pesar de todo, el conde no creyó en su idea y durante varios días se los pasó consultando abogados para ver la forma en que podía evadir la situación. Su preocupación fué tal, que Ceddie adivinó que algo anormal le ocurría y se lo preguntó. El conde, viéndose incapaz de mentirle, le dijo cuanto ocurría y el niño durante todo aquel tiempo no hizo otra cosa que consolarle y hacerle ver que a pesar de todo él seguiría queriéndole lo mismo.

Un día, al volver de consultar con el mejor abogado de Londres, el conde, dejándose llevar por un deseo que hacia días sentía, se fué a la casa de Adorada. La criada al verlo llegar corrió a avisarle a su señora, diciéndole emocionada

—¡Es el conde, señora!... ¡El mismo conde!

Adorada no podía comprender a qué se debía aquella visita, a no ser

que fuera para informarle de lo que ocurrió con el otro niño. Le esperó tranquilamente y el conde se presentó a ella, preguntándole:

—¿La señora Errol?

—Para servirle, señor — respondió humildemente Adorada.

Aquella casa, que dentro de su humildad reflejaba el cuidado de su ama, la voz cariñosa de Adorada, su aspecto y su belleza, cautivaron desde el primer instante al conde, que le dijo:

—Soy el conde de Dorincourt. El niño se parece mucho a usted.

—Pero más se parece a su padre — respondió Adorada, al mismo tiempo que ayudaba al conde a sentarse.

—Sí, se parece mucho a mi hijo — exclamó el conde, suspirando ante el recuerdo del hijo muerto. Luego hizo una pequeña pausa que Adorada no se atrevió a interrumpir y al fin le dijo: — Vengo a decirle que he consultado con el mejor abogado y... lo siento... pero esa mujer y su hijo...

Adorada comprendió la tristeza que embargaba al pobre viejo y quiso evitarle la molestia de decirle que su hijo no tenía derecho al título de conde y le interrumpió, diciéndole resignada:

—No me diga nada más, lo comprendo todo. Puede que ella quiera tanto a su hijo como yo quiero a Ceddie. Comprendo que tiene razón. Su hijo es lord Fauntleroy... el mío no lo es.

Ante aquella resignación, el conde creyó interpretar mal las palabras de Adorada, y contestó:

—Temo que tiene usted razón. ¿Quizás prefiere usted que Ceddie no lleve mi título?

—Todo lo contrario — se apresuró a explicar Adorada—. Es un gran honor ser conde de Dorincourt. De ello estoy convencida y estaba orgullosa de que mi hijo querido lo fuese. Pero como no tiene derecho a ello, sólo quiero que sea como su padre, valiente, justo y bondadoso.

—Contrario a su abuelo, ¿verdad? — preguntó con cierta ironía el conde.

Pero Adorada, sin dar ninguna mala interpretación a sus palabras, siguió diciéndole:

—No he tenido el gusto de «conocer» a su abuelo, hasta ahora. Sé que mi hijo le respeta y le quiere mucho.

—¿Me gustaría si supiese que no quise recibirla en mi casa?

—No — respondió con franqueza.

za Adorada—. Dudo que lo quisiese, por eso quise que él lo ignorase.

El conde iba dándose cuenta de cuánta bondad encerraba el alma de Adorada, y emocionado ante ella, no pudo menos que confesarle:

—Comprendo... son pocas las mujeres que se lo habrían ocultado—y luego, como hablando consigo mismo, siguió diciendo—: Si no cabe duda que él me quiere... y que yo le quiero mucho... Nunca he querido a nadie antes, pero a él le quise desde el primer día.

Suspiró con profunda tristeza, y como queriéndose disculpar ante Adorada, le dijo otra vez:

—Soy viejo y estaba aburrido, pero él me ha hecho feliz de nuevo. Es más, estoy muy orgulloso de él... Estaba contento porque algún día él ocuparía mi puesto como jefe de la familia... ¡Estoy desesperado!

Adorada se daba cuenta del sufrimiento de aquel hombre. Comprendía que un ser tan orgulloso como el conde y que ahora se veía humillado por una mujer, tenía que sufrir horriblemente, y le dijo, consolándole cariñosamente, como si fuese ella una hija suya:

—Lo comprendo. Ha tenido mu-

chos contratiempos y debe estar cansado...

El conde, ante tanto cariño como le expresaba su nuera, ante aquella bondad con que le trataba, sintió verdaderos deseos de sincerarse con aquella mujer, y le confesó:

—Tal vez por eso he venido aquí. Tenía la esperanza absoluta de encontrar este consuelo... Confieso que la odiaba... Tenía celos de usted, pero este asunto lo ha cambiado todo. Después de ver aquella mujer repulsiva... es un gran consuelo verla a usted. Soy un viejo terco, no lo dudo, sé que la he tratado mal, pero he venido a verla porque el niño la quiere y yo le quiero a él... Trátame con compasión, si no por mí, porque no me lo merezco, que sea por él... Pase lo que pase — volvió a decirle con energía — ni usted ni el niño carecerán de nada ni hoy ni nunca.

—Muchas gracias, señor.

El conde comprendió que seguir aquella conversación hubiera sido avivar más aún el rencor que Adorada debía tenerle con justicia y, por lo mismo, miró alrededor suyo y le preguntó:

—¿Le gusta la casa?

—Muchísimo — respondió con

dulzura Adorada—, es muy bonita.

El conde se levantó y se despidió, diciéndole al final:

—¿Me permite que vuelva a visitarla?

—¿Puede usted venir cuantas veces le plazca... ¿Esta es su casa y tendré un gran honor en merecer su aprecio.

El conde salió de la casa de Adorada llevándose la impresión de que aquella mujer era la única digna de llevar el nombre de su hijo. ¿Por qué no la habría visitado antes? Estaba seguro de que de haberlo hecho, antes hubiérase reconciliado con ella y no habría tenido que confesarle su fracaso tan rotundamente como lo había tenido que hacer en aquella ocasión. Recordaba la dulzura, el cariño y la ternura con que le había tratado, y al compararla con la otra, sentía un verdadero horror ante la que luchaba por poseer el título de lady Fauntleroy.

Aquella noche, cuando entró a besar a su nieto, que ya dormía, el niño, que lo esperaba, le preguntó al verle tan taciturno:

—¿Malas noticias, abuelo?

—Sí, muy malas — respondió el conde, estrechándole entre sus brazos.

—Entonces, ¿ya no soy lord Fauntleroy?

El conde movió la cabeza negativamente y le respondió:

—Ella ha ganado, hijo mío.

Una idea asaltó al pequeño que le hizo entristecer, y abrazándose fuertemente a su abuelo, le preguntó ingenuamente:

—Entonces, el otro niño será ahora su preferido, como yo lo era antes, ¿verdad? Tendrá que vivir en el castillo...

—¡No! — le interrumpió enérgicamente el conde—. Ese chico mal educado no entrará mientras yo viva.

—¿Entonces será aún su preferido? — preguntó otra vez Ceddie, a quien lo único que le importaba era no perder el cariño de su abuelo—. ¿Me querrá aunque no sea conde?

El conde lo abrazó fuertemente, y procurando ocultarle las lágrimas, exclamó:

—¡Hijo mío! Tú serás mi predilecto mientras yo viva... A veces creo que eres el único hijo que he tenido.

—Pues si usted me ha de querer igual no me importa ser conde. Lo único que me daba mucha pena es que el otro fuese su predilecto y yo no.

El conde se daba cuenta del desinterés tan grande de aquel niño y exclamó convencido de que haría lo que decía:

—No temas. Nadie te quitará nada que yo pueda proporcionarte.

—¿Y a mi madre le quitarán la casa?

—No podrán quitar nada a ella ni a ti... ¡Te lo juro!... Y ahora vamos a dormir que ya es hora.

Le besó paternalmente y el chiquillo se despidió de él dándole las buenas noches y con la alegría de que siempre conservaría el cariño de su abuelo.

QUIEN MAL ANDA...

AQUEL asunto llevaba ya varios meses dando que hablar a la prensa de todos los países, ya que el título de conde de Dorincourt era uno de los de más abolengo de Inglaterra. Dick y Hobbs habían leído algo en los periódicos y seguían con vivo interés cuanto a aquel respecto publicaban.

Una mañana, Dick estaba leyendo un periódico en voz alta para que se enterase mister Hobbs, y decía:

«Y el anciano conde no sale de su castillo y rehusa todo contacto con el verdadero heredero del título.»

—Eso ya lo sabemos — exclamó

mister Hobbs —, pero, ¿dice algo de Ceddie?

—Sí — respondió Dick —; aquí dice: «Parece que el falsario Ceddie Errol de Brooklyn perderá el pleito.»

—Por fin le quitan el título de conde — exclamó mister Hobbs con satisfacción —. ¿Qué será ahora de Ceddie?

—Era muy bueno y compartirá conmigo el negocio — respondió Dick.

—Eso no — protestó mister Hobbs —. Yo siempre pensé hacer de Ceddie mi socio. ¡El será un gran comerciante! Sigue leyendo, a ver que más pone.

Dick continuó la lectura del periódico, que decía:

«La nueva lady Fauntleroy era actriz y ha trabajado en los teatros de Nueva York y Londres.»

Mas al doblar la hoja y ver la fotografía de lady Fauntleroy Dick quedó asombrado. Mostró el retrato a su amigo, y le dijo:

—¡Mire, es ella!... ¡Es Minna, la mujer de mi hermano Ben!...

—¿Entonces es que los ha engañado? —preguntó mister Hobbs sorprendido.

—Claro que sí! —volvió a decirle Dick—. Yo sabía que era viuda, pero no sabía que tuviese otro hijo además de mi sobrino... ¿No le parece que debemos hacer algo en este asunto?

—Hoy mismo hablaremos con el regidor Murphy y él nos dirá qué debemos hacer.

Y los dos amigos corrieron a casa de aquel abogado para que les aconsejase qué era lo que debían hacer en aquel caso.

Y el consejo del abogado dió resultado algunas semanas después, cuando los dos amigos y el mismo hermano de Dick se presentaron en el castillo. La alegría de Ceddie al verlos fué enorme, y en seguida hizo que los recibiese su abuelo, a quien le expresaron las dudas que

tenían de que el niño fuese el hijo de Ben y no del lord Fauntleroy.

Aquella noticia llenó de alegría al conde, que empezaba a darse cuenta de que podría ser todo aquello una artimaña de aquella mujer para usurpar un título que no le correspondía y llamó a Havis-ham para ponerle al corriente de aquella noticia e idear el plan, gracias al cual poder desenmascarar a la tunanta.

Al día siguiente, precisamente la víspera del cumpleaños de Ceddie, se presentaron en casa de la supuesta lady Fauntleroy los tres amigos que habían llegado de América, y el conde. Este entró el primero y ella le recibió amablemente, diciéndole:

—Cuánto me alegro de verle por aquí.

Mas al ver detrás del conde al que había sido su marido, palideció y no pudo por menos que exclamar, sorprendida:

—¿Cómo?... ¡Ben, ¿qué haces aquí?... ¿Dónde has estado?

—¿Le conoce usted?—preguntó el conde.

—¡Claro! —respondió ella, sin poder negarlo—, es mi segundo marido.

—¿Y el niño?—preguntó Ben.

—¿Qué niño? — preguntó Minna, queriendo fingir.

—¿Qué niño ha de ser?... El nuestro.

Minna entonces se echó a llorar, diciéndole:

—Oh, Ben... ¿no lo sabes? Debes saberlo... ¿Nadie te lo ha dicho?... Nuestro hijo murió de una pulmonía... Quise comunicártelo, pero no sabía cuál era tu residencia.

El abogado de Minna se daba cuenta de que aquel hombre iba a descubrirle el juego y la falsedad de los documentos que presentaba y hacía esfuerzos por mostrarse sereno. Pero toda la sangre fría del abogado y toda la hipocresía de Minna quedó al descubierto al aparecer el niño y correr hacia Dick, gritando:

—¡Hola, tío Dick!

—Ven acá, Tom—le dijo su padre—. Ya se ha descubierto todo el juego.

Minna, sin poderse contener por verse descubierta, exclamó indignada:

—Sois unos cobardes que me habéis estado espiando. Os denunciaré por tratarme de esta manera.

—El que se va a encargar de hacer la denuncia voy a ser yo — ex-

clamó Havisham—. Los denunciaré por falsificación de documentos y por impostores.

—No se moleste, Havisham—le dijo el conde—. No quiero saber más de ellos... Que se larguen de aquí cuanto antes mejor... Es lo único que deseo.

Al día siguiente se celebraba la fiesta del cumpleaños de Ceddie. Todos los campesinos habían venido a felicitarle, mientras que mister Hobbs, que hacía mucha gracia al conde, le decía:

—¿Sabe que tenía mal concepto de la aristocracia? Pero le advierto que ya lo he rectificado y estoy pensando lo que me propuso... Después de todo, aun cuando sea usted conde, es usted un buen hombre.

Ante los vítores que los campesinos daban a Ceddie, salieron afuera, menos el conde, y el pequeño les dijo:

—Muchas gracias, amigos míos. Me gusta siempre celebrar mi cumpleaños, pero éste más, porque veo que todos ustedes son muy buenos y me quieren mucho. Mi abuelo quiere que todos se diviertan y sean felices. Les agradezco que hayan venido a celebrar mi cumpleaños.

Entonces salió su abuelo, y cogiéndole de la mano, le dijo:

—Tengo otro regalo para ti, Ceddie.

—¿Otro? —preguntó el niño alegremente.

—Sí, el mejor de todos—le dijo su abuelo—. Ven.

Y al entrar se encontró Ceddie con su madre que lo abrazó emocionada, mientras él decía:

—Adorada... ¡Cuánto deseaba que vinieras!

—Tu madre—le dijo el conde—vivirá ahora en el castillo.

—¿Vivirá siempre con nosotros? —preguntó el muchacho loco de alegría.

—Sí—le dijo su abuelo—. Estoy satisfecho de que se digné vivir con nosotros—y volviéndose a míster Hobbs dejó que madre e hijo se abrazaran emocionados, para decirle:—Me alegro que haya decidido quedarse aquí... Sentiría mucho que regresara usted a América.

—De momento no iré —respondió el viejo tendero—, pues aunque no puedo abandonar mi negocio, me voy acostumbrado a Inglaterra y esto es una tentación.

La extraña actitud de míster Hobbs de quedarse en Inglaterra tenía su explicación. A pesar de su criterio tan opuesto a la nobleza, parecía increíble que él con-

sintiese en acceder a los deseos del conde; pero era el caso que él creía que por el solo motivo de ser conde tenía que ser un hombre tirano, un individuo cruel, incapaz de comprender los dolores ajenos. Durante algunos días estuvo vigilando la vida del viejo conde y cuanto se hacía en el castillo y poco a poco se fue dando cuenta de que todo lo que él había pensado de la nobleza no tenía base alguna en que fundarse.

Tan extraño encuentro aquello, que una vez no pudo menos que decirselo al conde, exponiéndole su criterio de la siguiente forma:

—Yo creí, señor conde, que ustedes no eran hombres como los demás.

El conde, a quien hacían mucha gracia todas aquellas ingenuas ocurrencias del antiguo tendero, le preguntó:

—¿Qué creía usted que éramos nosotros?

El tendero quedó unos momentos sin saber qué responder. No sabía cómo exponer su pensamiento, pero de forma que no pudiese molestar al conde que tan amablemente se había portado con él. Al fin, después de rascarse varias veces la cabeza, cosa que hacía siempre que tenía que resolver una situación difícil, exclamó:

—Pues verá... Yo creía... que ustedes los aristócratas eran seres orgullosos, eran... vamos, algo así como esos condes malos que pintan las novelas.

—¿Y cómo son esos condes? —preguntó el abuelo de Ceddie, procurando contener la risa.

—Pues le diré, en algunas novelas que yo he leído, los condes trataban mal a sus vasallos, eran hombres que no hablaban con nadie y cuando concedían alguna entrevista a los que le rodeaba, era solamente para hacerles daño.

El viejo conde le echó un brazo por los hombros y le dijo amigablemente:

—Deseche esos temores, amigo Hobbs—. Eso era hace mucho tiempo. Ahora los condes no somos así... ¿Usted cree que Ceddie podría ser uno de esos condes que usted dice ha leído en las novelas?

—Claro que no—exclamó rápidamente el tendero—. Ceddie es un alma noble, un chico que vale mucho e incapaz de causar daño a nadie.

—Pues así será él —aseguró el conde—. Y para que no le quede ninguna duda, quédese usted a vivir con nosotros.

—No puede ser—exclamó mister Hobbs—. Yo tengo un comercio

en América y no lo puedo abandonar.

—Bab—le respondió el conde—. Eso es lo de menos. Yo le comoro a usted el negocio y usted vivirá aquí con nosotros. Nos dará usted una gran alegría, tanto a Ceddie como a mí. Yo necesito de un compañero como usted, que sea de mi misma edad, con el cual poder charlar un poco.

Mister Hobbs quedó unos segundos pensativo. La oferta del conde era tentadora y pensó además que, gracias a ella, podría estar siempre junto a Ceddie, a quien quería como si fuese su hijo; mas por otra parte existía Dick... ¿Que sería de él? Al fin se decidió a responderle con franqueza:

—A mi me gustaría, pero no puedo dejar abandonado a Dick. Es un gran amigo mío.

—Dick se quedará con nosotros... El será el compañero de Ceddie, como usted lo será mío... ¿Le basta esto?

La situación era cada vez más apurada para mister Hobbs. Aquel hombre solucionaba las cosas de tal forma que no había manera de oponerse. Mas así y todo, quiso consultarlo antes con Dick para saber el pensamiento de éste, y le respondió al conde:

—Mañana le responderé y le diré lo que he pensado. Lo tengo que consultar con Dick.

—Conformes — terminó diciéndole el conde—. Mañana es el cumpleaños de Ceddie y quisiera que le diera usted esa alegría.

Se fué el conde y mister Hobbs quedó como quien se encuentra bajo el peso de una gran responsabilidad. Desde luego que interiormente le gustaba la idea expuesta por el conde. No estaba mal pensado que Dick y él se quedarán

en el castillo. Y después de pensar lo bastante terminó diciéndose:

—En fin, veremos lo que determina Dick.

Y como este dió la conformidad, he aquí por qué razón mister Hobbs se avino, como hemos dicho, a acceder a la petición del conde de Dorincourt.

Y de esta forma, el pequeño lord consiguió reunir alrededor de él a todas aquellas personas que le eran queridas y alegrar con su cariño los últimos años del viejo conde de Dorincourt.

F I N

Recuerde este título
JARDIN
& **PAPEL**

versos de
Rafael de León

Los artistas célebres-Las grandes producciones-La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Mérida Estroada	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Los dos pilates	Jacques Teylli
Apuesta de amor	Gené Raymond
La vuelta de Amante Lupin	Warren William
Faja de bombas	Mickey Rooney
Héctor Flamenco	Gino Cervi
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Una pareja invisible	C. Bennet
La mujer sin alma	C. Grant
El domini verde	John Boles
Damas del teatro	Danielle Darrius
El detective y su com- pañero	Kath. Hepburn
Señorita en desgracia	Zasu Pitts
Los defensores del cri- men	Fred Astaire
Una aventura de la Pampadour	Richard Dix
El poder invisible	Kate de Nagi
Melodía rota	Boris Karloff
Titanes del mar	Willi Birgel
Cupido sin memoria	Victor McLaglen
Maria Ilona	Ann Sothorn
Prada Jamaica	Paula Wessely
El caso Vau	Charles Laughton
Pygmalion	Clive Brook
La quimera de Holly- wood	Leslie Howard
Alarma en el expreso	Nino Martin
Los tres vagabundos	M. Reedgrave
	Heinz Ruhman

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 ptas.

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	Maria Arias
Rincón de medianoche	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¿No quieres? ¡No quieres!	José Bevia
La canción de Alca	F. Argentina
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Éran tres hermanas	Luisa Gargallo
Bohemios	Enrique Alzaga
Melodía de arrabal	I. Argentina
	C. Gerdel

Don Floripondio	Valentino León
En busca de una canción	Luchy Soto
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Leyenda rota	Juan de Orduña
El crimen de mediano- che	Ramón Parada
Martingala	Niño Marchena
Rápido y furioso	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Jai-Alai	Inca de Val
¿Quién me compra un bif	Maruja Tomás
Sol de Valencia	Maruja Gámez
Alas de paz	Lois de Valois

SERIE ALFA 2'50 Ptas.

Sabú, Tucumán de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Rodgrave
El sobre lacrado	L. Gargallo
Carmen, la de Triana	I. Argentina
La Deliriosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Monarca (Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Las dos niñas de París	C. Barghan
Molinos de viento	Pedro Terol
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última aventura	Cory Grant
Las vacaciones del juve Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Creta Carbo
La alegría de la huerta	Robert Taylor
	Flora Sanacruz

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
La Pelonera	Juan Montfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

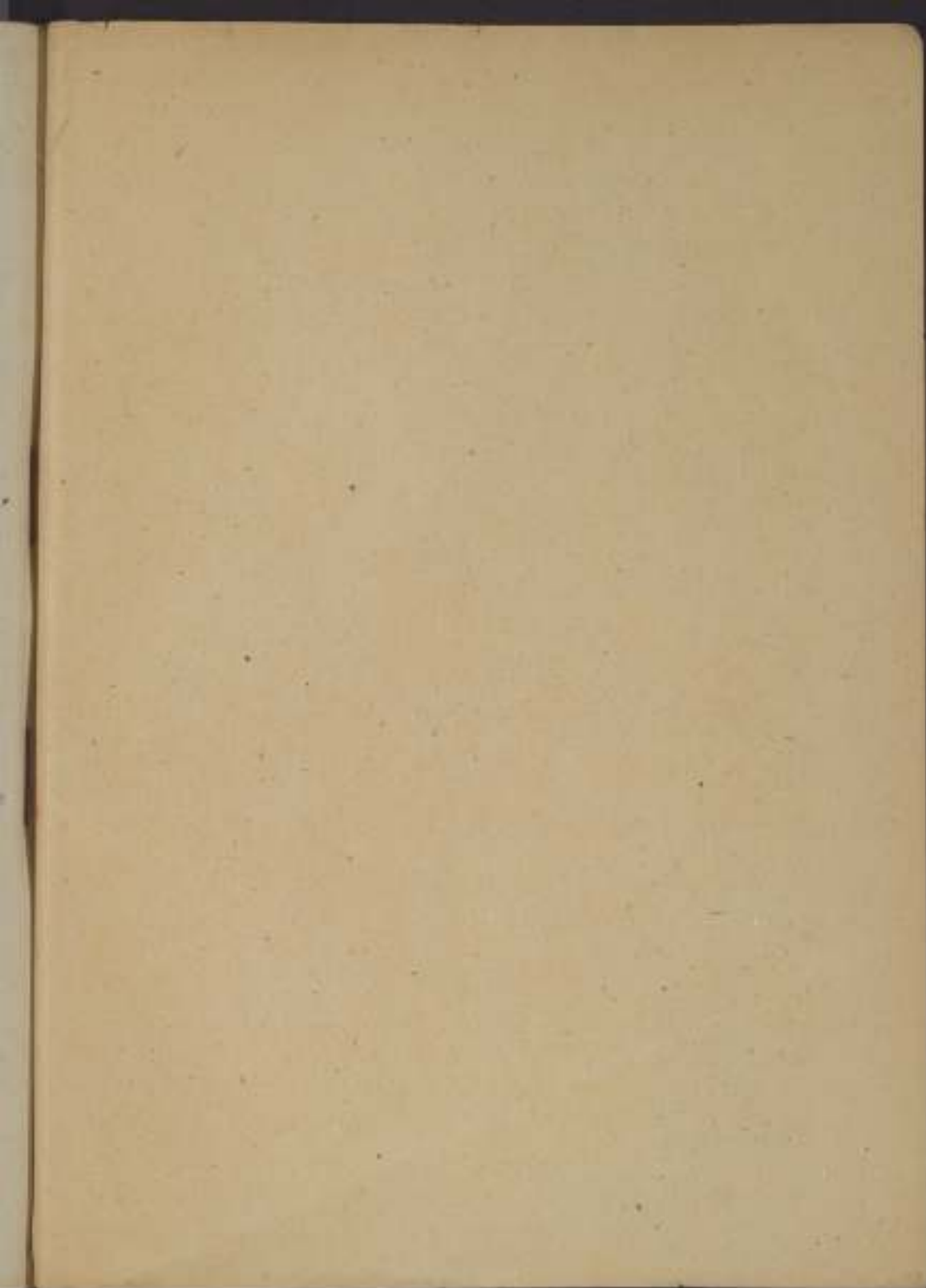
Imperio Argentina	Miguel Ligeró
Estrellita Castro	Skatey Temple
Alfredo Mayo	Melvin Douglas
Manuel Luis Antonio Vico	

PRECIOS A

EDITORIAL «ALAS».

Apartado 707.

BARCELONA



CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

(EL PRIMERO EN SU GÉNERO Y EL QUE TODOS IMITAN)

Primer número de **CANCIONERO**: CARLOS GARDÉL - 30 octubre 1931

PRECIO: 2,50 PTAS.



CONCHITA PIQUER

Tatuaje - La Lira - La Caraniba - Almudena
Dime que me quieres - Eugenio de Montijo
No me llames Dolores - La niña de la esta-
ción - Etc.

MARUJÀ TOMAS

Lola Montes - Yedra - La Chiquita Florentina
Farolero - Bebe y Bebe - La niña de la Ven-
tera - Caravana - Doña Luz - ¿Qué te pasa,
Toniá? - Te lo juro yo - Etc.

EDITORIAL



MARCOS REDONDO

El Divo - La Tabernera del Puerto - La rosa
del azahar - La del majo de masas - El
cantar del arriero - Luisa Fernanda - La
Parranda - Los gavilanes - Etc.

IMPERIO ARGENTINA

Goyescos - Camion - Aixa - Melodía de
arrabal - Su noche de bodas - La mujer az-
ul - Morena clara - La hermana San Sul-
picio - Etc.

"ALAS"



RAFAEL MEDINA

Quices recuerdos - Perdóname - Angelita
Será otra vez - Ranchero soy - Presen-
timiento - Tancos de amor - Al son de la
marinista - Horas felices - Noches del tropi-
co - Llegó el amor - Mari Sol - Etc.

ESTRELLITA CASTRO

La copla de Luis Candelas - Romance moris-
co - La Camelia - Los misterios de Tángier
La ranza del fuego - Blanca Paloma - Ma-
drid de mis sueños - Etc.



EDITORIAL



"ALAS"

